

8

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EN EL ACTO

DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1879 Á 1880,

POR EL

Dr. D. Daniel Ramon Arrese y Duque,

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE LENGUA ÁRABE.

SEVILLA.

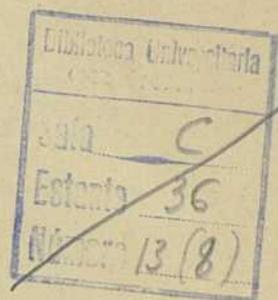
IMPRESA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA,
de D. Rafael Tarascó y Lassa, Sierpes 73.

1879.

12.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	002
Numero:	026 (8)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29



DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

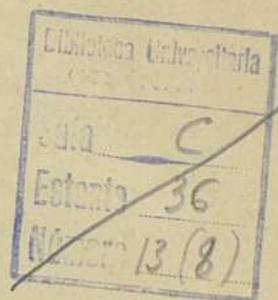
EN EL ACTO

DE LA

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1879 A 1880.

2.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	002
Numero:	026 (8)



DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EN EL ACTO

DE LA

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1879 A 1880.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EN EL ACTO

DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1879 Á 1880,

FOR EL

Dr. D. Daniel Ramon Arrese y Duque,

CATEDRÁTICO NUMERARIO POR OPOSICION

DE LA ASIGNATURA DE LENGUA ÁRABE.



SEVILLA.

IMPRESA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA,
de D. Rafael Tarascó y Lassa, Sierpes 73.

1879.

Excmo. Señor:

GRAVE y penoso es el deber, que me ha sido impuesto, de llevar la voz de la Facultad de Filosofía y Letras, en la inauguración de los estudios, que, al propio tiempo que los demás centros superiores de enseñanza pública del reino, celebra hoy la Universidad hispalense.

La índole del acto, para que nos hallamos reunidos, y el involuntario recuerdo de las eminencias científicas, que con tanto brillo han ocupado esta cátedra en los años precedentes, causarían en mi ánimo la más profunda turbación, si no me alentase una absoluta confianza en la indulgencia del distinguido concurso, á que, cumpliendo ineludible precepto, me cabe la inmerecida honra de dirigir la palabra, falto de las dotes necesarias, para desempeñar dignamente tan difícil y delicada misión.

Esta solemnidad académica, que ha sido siempre el suceso más importante y significativo de cuantos las Universidades españolas registran en los anales de su vida literaria, ofrece doble motivo de interés en la época presente, en que el vuelo, tomado por casi todas las ramas del saber, impone al magisterio deberes especiales, nacidos de la dificultad de abarcar una extensión vastísima de conocimientos, y de ir escuchando atentamente, día por día, la última palabra de la ciencia.

Porque es innegable que, si la mayor parte de las ciencias han recorrido un espacio inmenso en los dominios del análisis y de la síntesis, y siguen, con nunca visto afán, investigando fenómenos, formulando leyes y descubriendo principios, que señalan, á veces, nuevos rumbos á la



actividad del pensamiento, sobre los ministros de la enseñanza, dentro de la órbita de su respectiva profesion, pesa, cuando menos, el compromiso moral de conocer en sus más íntimos detalles, en todas sus conexiones y en su fecunda influencia, esas grandes conquistas, que tan elocuentemente proclaman el poder del genio del hombre y que tanto avaloran el rico patrimonio de la cultura moderna.

La historia de cualquiera de estos avances prodigiosos de la inteligencia humana me parece muy digna de recordarse en el discurso, con que, según antigua costumbre, mantenida por la Ley, deben dar principio, en nuestros centros universitarios, las tareas del año escolar; y no bien hube recibido el encargo, que vengo á cumplir ante vosotros y ante las cenizas de Arias Montano, fijándome en las enseñanzas, propias de la Facultad que represento, llamaron desde luego, preferentemente, mi atención, como tema adecuado al objeto, los progresos obtenidos en el estudio de las lenguas; pero, al intentar elegir, entre las perspectivas de tan bello panorama, un asunto que, sin exceder el límite de mis escasas fuerzas, correspondiese á la dignidad de esta cátedra y á la elevada ilustración de mi auditorio, confieso ingénuamente que surgieron en mi espíritu no pequeñas vacilaciones.

Ocurrióme, ante todo, el pensamiento de bosquejar el desarrollo, alcanzado modernamente por los estudios de filología comparada; en cuyo propósito me hizo insistir algun tanto el deseo de reivindicar una gloria española, usurpada, puede decirse, por un genio alemán, más conocido por los arranques de su inspiración poética, que por el fruto de sus indagaciones lingüísticas, y al que se atribuye falsamente el mérito de las primeras observaciones hechas sobre el paralelismo y armonías gramaticales de los idiomas indo-europeos.

Me halagó después la idea de traer á vuestra memoria la serie y alcance de los esfuerzos, con que se ha conseguido penetrar el sentido de las misteriosas leyendas, conservadas entre los escombros de la antigua grandeza de Menfis, Tebas, Persépolis, Nínive y Babilonia; éxito completo y admirable, cuya posibilidad, en cuanto á los jeroglíficos egipcios, había llegado á negarse por los sabios antes del siglo presente; y en cuanto á las escrituras cuneiformes, no solo se negó por algunos, al emprenderse los trabajos, que tan justa celebridad han dado á ciertos nombres ingleses, franceses y alemanes, sino que hasta se permitió poner en duda un eminente orientalista, con fecha posterior á la del éxito

alcanzado, en las páginas de una obra, coronada por el Instituto de Francia. (1)

Quise también hacer un resumen de los servicios prestados en nuestros días, á la historia y á la lingüística, por los filólogos, que han explorado, en medio de mil fatigas y peligros, recogiendo y estudiando inscripciones, los territorios pertenecientes al antiguo mundo semítico; en cuya humilde reseña, sin faltar su puesto á la nación española, por los recientes estudios de epigrafía arábica y hebrea, llevados á cabo entre nosotros, para bien de la historia y literatura pátrias, figurarian, en primer término, los asiriólogos Rawlinson, Oppert y Norris; Gesenio, Movers y Renan, intérpretes de los monumentos, encontrados en el suelo, en que yacen Tiro y Sidon, y en los países, donde estableció factorías y colonias el carácter mercantil fenicio; y el conde de Vogué, que, en la variedad de trabajos sobre antigüedades orientales, de que le es deudora la ciencia arqueológica, nos ha dado á conocer, con oportuno juicio crítico, la preciosa coleccion de inscripciones arameas é himyaritas, recogidas en su viaje científico á las inhospitalarias regiones de la Siria central.

Estos y otros temas análogos, sobre que pudiera versar mi discurso, en el que siempre advertiríais la pobreza de ideas y la aridez de estilo, consiguientes á mi falta de ingenio, carecen, sin embargo, para los alumnos, que van á asistir á nuestras áulas, del interés del momento, en que deseo inspirarme; y sin abandonar el campo filológico, teniendo en cuenta que en la Facultad de Filosofía y Letras de esta escuela existen, por fortuna, cátedras de los dos idiomas más importantes de la familia semítica, de cuya ventaja, por más que sólo sea obligatorio, legalmente, el estudio de uno de ellos, debe aprovecharse, con decidido empeño, la juventud escolar, que sigue la expresada carrera, y no aspirando á otra cosa que á producir en su ánimo tan útil convencimiento, me lisongeo de que no habrá de pareceros fuera de propósito *que recuerde, muy á grandes rasgos, el progreso obtenido en el conocimiento del hebreo y del árabe clásicos, y que haga una ligera indicacion de la necesidad intelectual, que viene á satisfacer el estudio de ambas lenguas en la época presente.*

(1) *Historia general y sistema comparado de las lenguas semíticas*, por Ernesto Renan, cuarta edicion, Paris, 1864, págs. 71-78.

La remota y bien comprobada antigüedad del hebreo y del árabe; la índole de ambos idiomas, que, como todos los comprendidos en la familia semítica, ofrecen, en su analogía y sintáxis, el atractivo de una sencillez encantadora, hermanada con un rigor filosófico admirable, y el hecho de haber servido de medio de expresión, el primero, á la inspirada mente de los antiguos historiadores, profetas y filósofos del pueblo de Israel, y el segundo, á las ideas, sentimientos y costumbres, que nos da á conocer la rica y extensa literatura del pueblo árabe, son títulos, que los hacen muy acreedores al aprecio del lingüista y del filólogo, y que reclaman la aplicación á su estudio de cuantos jóvenes pretenden recibir la investidura de un grado académico en la Facultad de Filosofía y Letras.

Examinados los idiomas semíticos en su estructura interna y en sus caracteres esenciales, preséntanse constituidos sobre la base de raíces triliteras, de que se derivan todas sus palabras; unas veces en forma nuda, ó sin recibir aumento alguno; y en la mayoría de los casos, con la anteposición, interposición ó posposición de una ó más letras de las designadas técnicamente con el nombre de serviles, que, combinándose con el juego de las mociones, cuyo valor lógico es sumamente notable en la palabra semítica, determinan la acepción vaga y abstracta de la raíz.

Esta articulación obedece á leyes tan naturales y tan profundamente filosóficas, que permite estudiar, en breve tiempo, el organismo de las expresadas lenguas, evitando siempre la necesidad de recurrir al auxilio de la gramática comparada para distinguir el elemento radical de los elementos accesorios, y haciendo desaparecer todo motivo de confusión, á pesar del considerable número de formas, nominales y verbales, á que puede dar origen una raíz, los procedimientos de inflexión y derivación, adaptados á las diversas modificaciones del sentido fundamental y primitivo, y cuya diferencia morfológica está, á la vez, sujeta, en su asombrosa variedad, á ciertos principios de armonía, que sirven de segura clave, para conocer los accidentes analógicos y la significación concreta de la palabra.

Las lenguas semíticas no tienen, en su período de formación, historia conocida, como casi todas las indo-europeas, y sólo á partir de la época, en que alcanzaron, respectivamente, su más alto grado de desarrollo, cabe en lo posible estudiar, con éxito seguro, las vicisitudes sufridas por su organismo gramatical y por su contenido léxico; vicisitudes, que consisten, de ordinario, en el desuso, en que caen algunas raíces, en la pérdida de varias inflexiones, en ciertos cambios fonéticos y en la admision de giros y palabras extrañas, como consecuencia natural de la mútua comunicacion de ideas, debida á la mezcla de los pueblos y á sus relaciones mercantiles y políticas.

No por otra causa, mientras vemos coronados por éxito brillante los esfuerzos, con que, á favor de la filología comparada, y sobre la base de los documentos, que suministra la historia literaria, ha ido siguiéndose, paso á paso, el desarrollo del idioma latino, y á través de las sucesivas trasformaciones, impresas en la palabra escrita, ha llegado á inducirse que su declinacion es única, á proclamarse, igualmente, la unidad primordial de su conjugacion, á reconocerse, á su vez, la procedencia comun y directa de los tres idiomas, latino, griego y sanskrit, y á hacerse patente, por lo mismo, la identidad de inmediato origen de la familia indo-europea; por lo que hace á las lenguas de flexion de la familia semítica, hay que convenir en que ha sido de todo punto estéril el empeño de remontar la indagacion histórica más allá del período, en que aparecen desenvueltas en toda la robustez y plenitud de su vida, por más que hayan conspirado, de consuno, á tan plausible fin el talento y erudicion de muy distinguidos orientalistas.

Los idiomas semíticos, á pesar de sus singulares caracteres, de su inmemorial origen y de su grandiosa mision, no han merecido de los literatos europeos, en las anteriores centurias, el aprecio dispensado á las lenguas clásicas, griega y latina; y no nos es permitido dudar que el defectuoso procedimiento de enseñanza, consecuencia precisa de la falta de verdadera ciencia gramatical, y el ímprobo trabajo, con que lograba adquirirse, más bien que un conocimiento sistemático, el conocimiento empírico de una indigesta multitud de reglas, seguidas de numeroso séquito de arbitrarias excepciones, han sido la causa principal del estado de languidez, de que ha venido resintiéndose el cultivo de aquella preciosa rama de los estudios filológicos.

Y no es posible desconocer, sin embargo, que á ninguna lengua se ha aplicado tanto como á la hebrea el escarpelo del más severo análisis, y es tambien innegable que los trabajos realizados con objeto de perfeccionar su conocimiento, se relacionan íntimamente con la historia de los progresos obtenidos en el estudio de las lenguas semíticas.

La escuela rabínica, influida por un sentimiento de justo respeto á la letra del texto bíblico, vino á triturar, por decirlo así, hasta reducir las reliquias del idioma, conservadas en los códices de la Biblia hebráica, dando lugar, con sus prolijas observaciones, á la formacion de un cuerpo de doctrina gramatical, difuso, incoherente y atestado de anomalías, que, atribuidas, posteriormente, á la lengua por otra escuela, tan pretenciosa como falta de criterio y buen sentido, ocasionaron, á título de facilitar la recta inteligencia de las sagradas páginas, un desdichado proyecto de reforma, que consistía en despojar el texto bíblico de ciertos signos, llamados masoréticos, y que, cualquiera que sea la época, en que se inventáran, no pueden ménos de reconocerse como la expresion gráfica de elementos, tan esencialmente constitutivos del idioma, como los que representan las letras, de que consta su alfabeto.

Considerada la lengua hebrea bajo el punto de vista, en que la presenta el carácter, analítico y exclusivamente empírico, de la tradicion judáica, merece, con sobrada justicia, los calificativos de inculta, pobre, desigual y llena de asperezas é irregularidades, que se le prodigan por los partidarios de la escuela crítica; y estudiada por el procedimiento capeliano, ha parecido á otros, con no menos sobra de razon, oscura ambigua, confusa y tan abundante de paranomasias ú homonimias, que se hace de todo punto inasequible á la inteligencia del hombre.

El general descrédito, en que cayó bien pronto esta última escuela, no solo se demuestra por el hecho de haber pasado desapercibida para los fundadores de los dos célebres sistemas, que se disputan la gloria de haber señalado los caminos, que deben seguirse, á fin de restituir á la lengua hebrea su nativa pureza y sencillez, sino que tambien se justifica por la circunstancia, no menos elocuente, de haberse considerado indispensable, para obtener el conocimiento del idioma, la invencion, verdadera ó supuesta, de los masoretas tiberienses, por todos los gramáticos anteriores y posteriores á la época, en que empezó á figurar la escuela crítica, sin exceptuarse aquellos mismos, que participaban con

entusiasmo de las ideas, emitidas por el autor de la obra *Masoreth hammasoreth*. (1)

La escuela rabínica contrajo el mérito de haber acopiado, mediante la observacion de los hechos y fenómenos lingüísticos del habla de Moisés, cuantos elementos podian estimarse suficientes, para empezar á inducir las leyes, que rigen su organismo; y aunque el estudio no salió, merced á sus esfuerzos, del periodo empírico, es muy acreedora á la indulgencia y áun al aplauso de la crítica.

Los masoretas, además, fieles intérpretes de aspiraciones seculares, llenaron una mision elevada, al procurar, con diligente esmero, que se conservase incólume el depósito de una tradicion veneranda; y son muy dignas de admirarse las exquisitas precauciones que adoptaron, para conjurar el peligro de que se alterara en cualquier tiempo el texto bíblico, y particularmente el de la Ley, en la que, segun frase vulgar de los hebreos, no se encuentra signo alguno, que no contenga los más grandes y profundos arcanos.

Inmensas eran las dificultades, que tenian que vencerse, para aprender, por este procedimiento, meramente casuístico, la Lengua Santa, estudiada en Europa, bajo la direccion de los rabinos, hasta el año 1506, en que apareció la gramática de Renchlin, escrita en lengua latina, y con que se iniciaron los trabajos de gramáticos europeos, que tuvieron por objeto regularizar el estudio del idioma.

Renchlin puede considerarse como fundador de una escuela de enseñanza, cuyo imperio duró hasta mediados del siglo XVII; pero desde esta época hasta el último tercio del siglo pasado, entre el respetable número de autores de gramáticas hebreas, no nacidos en el seno del Judaismo, distingüense algunos por su tendencia á dar carácter científico

(1) *Ex his alphabeti literis quocumque modo eas inter se conjunxeris, nulla fiet unquam sillaba, nisi adhibeas punctum aliquod eorum, quæ illis sunt vice vocalium, licet inter literas alphabeti non scribantur.* Pág. 5.^a de un libro, en cuya portada se lee lo siguiente: *Ex variis libellis Eliæ, GRAMMATICORUM OMNIUM DOCTISSIMI, huc ferè congestum est, operá Ioannis Campensis, quidquid AD ABSOLUTAM GRAMMATICAM HEBRAICAM EST NECESARIUM.* Parisiis. M. D. XXXIX.

¿Cui ergo bono, quem ob finem inventæ sunt litteræ? Nonne propter usum? nonne ad varios oris sonos exprimendos? Atqui huic fini consequendo MAGIS APTÆ ET NECESARIÆ SUNT VOCALES QUAM CONSONANTES. Página 12, en que habla el autor por cuenta propia, de la obra de F. Masclef, titulada: *Grammatica hebraica à punctis aliisque inventis massorethicis libera.* Parisiis. M. DCC.XVI.

El fundador de la escuela crítica, Luis Capel, dió á luz su *Arcanum punctuationis revelatum* en 1624, y su *Crítica sacra* en 1650.

al conocimiento del idioma; y entre estos descuellan; Jacobo Alting, quien, despues de reconocer el impulso dado á los estudios hebráicos por la prodigiosa erudicion, perspicuo talento é infatigable laboriosidad del insigne defensor de la escuela rabínica, Juan Buxtorf, padre, al promediar el siglo XVII acometi6 y llevó á cabo, aunque con éxito muy inferior á su excelente designio, la tarea de escribir una gramática filos6fica, aplicando á la enseñanza del hebreo el procedimiento seguido por Julio César Escalígero, en su obra *De causis linguæ latinæ*; Alberto Schultens, que, proponiéndose libertar al hebreo de la nota de defectuoso y anómalo, y despues de haber hecho un estudio profundo de los idiomas semíticos, conocidos en su tiempo, sobre todo, del árabe, inició, á favor del exámen comparativo, un trabajo de reconstitucion gramatical y léxica, de que son valiosa muestra *Institutiones ad fundamenta linguæ hebreæ*, publicada en 1737, y *Orígenes hebreæ*, que vió la luz en 1771, consiguiendo reducir notablemente el número de las supuestas anomalias, y dejando encomendada al esfuerzo colectivo de los hebraizantes la mision de dar cumplida cima á su proyecto; y por último, Nicolás Schroeder, en cuya gramática, que lleva el mismo título que la de Schultens, aceptándose el resultado de la doctrina, extensamente desenvuelta por el último, se fijan algunas nuevas reglas, se sigue un plan más oportuno, y se completa la obra gramatical, añadiéndose la parte sintáxica, de que carecen las instituciones de Schultens, quien se ciñó, con deliberado propósito, al orden de materias adoptado por Alting, á fin de que pudiera apreciarse fácilmente el éxito obtenido por el fundador de la escuela etimologista.

El estudio gramatical del árabe no ofrece, hasta el presente siglo, fases históricas de contraria, ni aún de diversa índole.

Comenzado poco tiempo despues de la redaccion del Koran, y continuado en las célebres escuelas de Kufa y Basra, á que pudieron servir de norma las florecientes academias rabínicas, trasladadas, en el siglo tercero de nuestra Era, desde el territorio de Judea á las orillas del Eufrates, afectó tambien un carácter eminentemente religioso, y vino á ser cultivado por una pléyada de sábios musulmanes, con un espíritu de sutileza y análisis, parecido al que presidió á la obra colosal de investigacion, realizada por los masoretas de Jerusalem, Tiberias y Babilonia; y aunque los sectarios de Mahoma no hiciesen, en los primeros días del Islamismo, más que parodiar la grandiosa creencia, que

sirvió de estímulo y de punto de partida á las elucubraciones literarias, jurídicas y teológicas de las antiguas escuelas hebreas, no dejan de llamar poderosamente nuestra atención las íntimas analogías, que se descubren en la índole de los estudios, llevados á cabo por los gramáticos árabes y rabinos.

Es, en efecto, indudable que al influjo del dogma musulmán sobre la revelación divina de las predicaciones de Mahoma, nació el estudio gramatical entre los árabes; y si la serie de trabajos, emprendidos con objeto de determinar, en sus más nimios detalles, el organismo de la lengua, no acreditase un sentimiento de profunda veneración á la palabra del texto koránico, lo probaría el arte de la cábala, que empezando, lo mismo que entre los hebreos, por reconocer ciertos valores significativos en cada una de las letras del alfabeto, abrió el camino á la interpretación mística, y pretendió dar la clave, para descubrir infinidad de relaciones de armonía, en el orden físico, moral, intelectual y religioso.

Los antiguos gramáticos árabes, lo mismo que los hebreos, sin tener en cuenta que, cuando se trata de levantar el edificio científico, la inteligencia debe caminar, elevándose de la observación de los fenómenos, aisladamente considerados, á la síntesis, que aprovecha los resultados, obtenidos por el análisis, para inducir y formular las leyes, en que se contienen los hechos particulares, y para establecer los principios; y sin que nada les enseñase acerca de este punto el ejemplo de los gramáticos alejandrinos, por quienes fué observado, con más ó menos rigor y alcance, aquel procedimiento filosófico, al reducir á cuerpo de doctrina el fruto de sus investigaciones sobre el mecanismo de la lengua griega, limitaron su brioso esfuerzo al estudio analítico del lenguaje del Koran; y aún en este sentido, siguiendo, tal vez, las huellas de la tradición hebraica, apreciaron, con preferente interés, el valor material de los elementos de la palabra árabe, y adoptaron, en consecuencia, multitud de definiciones, divisiones y subdivisiones, verdaderamente anatómicas, y en desacuerdo, casi siempre, con las leyes de la lógica formal, por que se rige la expresión, hablada ó escrita, del pensamiento.

De aquí resultó aquella numerosa y complicada serie de clasificaciones de los signos del alfabeto, cuya mayor parte, basadas en una fútil relación de semejanza, y á veces, en circunstancias independientes de la

naturaleza de las letras, no tienen aplicacion alguna en el curso del análisis gramatical; de aquí resultó, entre otros muchos y graves defectos etimológicos, que llegáran á contarse hasta treinta y cinco formas del verbo trilitero, y más de sesenta tipos de los plurales, denominados comunmente fractos, cuando unas y otros se reducen á poco más de una tercera parte, si se toman en cuenta, como es debido, únicamente los datos que suministra la analogía; de aquí nacieron la prolijidad y anomalías, que se advierten en la parte sintáctica; y de aquí, por último, aquella nomenclatura técnica, tan inadecuada y tan difusa, de que solo alguno que otro término, por referirse á signos peculiares del árabe, ó de doble valor fónico, difícil de determinarse en teoría, como sucede con los signos vocales, quedó llamado á figurar, con imperiosa exigencia didáctica, en las gramáticas europeas.

Prescindiendo del *Arte para saber la lengua arábica y vocabulista arábigo*, compuesto con objeto de facilitar á los cristianos el medio de comunicarse, en el trato vulgar, con los mudéjares granadinos, é impreso en Granada, en el año 1505, con que, para honra de las letras españolas, nuestro compatriota, Fray Pedro de Alcalá, abrió el catálogo de los libros, destinados á la enseñanza del árabe, escritos por autores extraños al Islamismo; y despues que, veintinueve años más tarde, dió á luz, en Paris, la primera gramática del árabe literal Guillermo Postel, más conocido, sin embargo, por su gran diccionario poligloto, en que juegan cinco lenguas semíticas y tres indo-europeas, la indagacion bibliográfica no registra, hasta principios del siglo XVII, el nombre de ningun otro orientalista, dotado de alientos suficientes, para separarse de la direccion, seguida con invariable rumbo por los gramáticos indígenas.

La aparicion de la gramática de Tomás Erpenio, publicada, por primera vez, en Leyde, en 1613, inauguró una época sumamente notable en la historia de los estudios arábigos.

Escrita en el idioma, que, á la sazón, se empleaba, con preferencia, para todo linage de obras literarias y científicas, por los hombres más doctos de Europa; ajustada, en cuanto era posible, al procedimiento, seguido en los mejores tratados gramaticales de las lenguas clásicas, griega y latina; y recomendándose, al mismo tiempo, por la sencillez, claridad y copiosa doctrina, de que carece, naturalmente, como primer ensayo, la gramática de Guillermo Postel, permitió, desde luego, economizarse un gran caudal de tiempo y esfuerzo en el estudio de

la gramática árabe, en que había sido preciso, hasta entónces, invertir cinco ó seis años, segun afirma Teodoro Bibliander; (1) evitó que los ilustres varones, enardecidos por el anhelo de predicar la ley evangélica en los países musulmanes, ó encargados de sostener, á vanguardia, la controversia religiosa, tuviesen que acudir al magisterio de los árabes ó judíos, para recibir una enseñanza, indispensable al cumplimiento de su elevada mision; facilitó un nuevo medio de impulsar el progreso de los estudios hebraicos; dió vida y consistencia á los primeros trabajos de filología comparada, y empezó, por último, á poner al alcance de la ilustracion de los tiempos modernos la más frondosa rama de la brillante literatura semítica.

Reuniendo tales dotes la gramática de Erpenio, de cuya obra, reducida á compendio por el autor, se ha hecho recientemente, en la capital de Francia, con no mediano éxito, la última edicion, de que tenemos noticia, no es extraño que sirviese de modelo á cuantos escribieron gramáticas de la lengua árabe hasta principios del siglo actual, en que Silvestre de Sacy, con la publicacion de su gramática, impresa en París, en 1810, empezó á dar á su nombre la grande y merecida celebridad, de que disfruta en el orbe literario, y, muy especialmente, entre los que se dedican á estudios é investigaciones sobre los pueblos orientales.

Silvestre de Sacy, utilizando toda la doctrina de Erpenio, relativa á la analogía, enriquecióla con multitud de nuevos é interesantes detalles; adoptó un plan distinto en la parte de sintáxis, que desarrolló extensamente, acompañándola de numerosos ejemplos, tomados del texto koránico y de otras obras de muy correcto estilo, é ilustrándola con profusion de anotaciones, sugeridas, principalmente, por la lectura de algunos escoliastas; procuró subordinar la exposicion de las reglas al proceso de la ley ideológica; y deseando que su obra saliese más completa que todos los libros didácticos de la misma índole, escritos hasta entónces, creyó del caso dar cuenta del tecnicismo empleado por los gramáticos, lexicógrafos y comentaristas indígenas, y poner término á su tarea con un compendio de la sintáxis, *considerada segun el sistema de los gramáticos árabes.*

(1) Citado por Claudio Duret en su *Tesoro de la historia de las lenguas de este vasto Universo*. Iverdon, M. DCXIX. pág. 404.

Este libro, fruto de un génio de primer orden, y tambien, como dice el mismo de Sacy, de muchos años de meditacion y de estudio, muy aumentado y corregido por su autor para una segunda edicion' que llevó á cabo siete años antes de su muerte, ocurrida en 1838, *no contiene, sin embargo, la ciencia gramatical del idioma árabe.*

La obra del fundador de la primera *Sociedad asiática* de Europa revela un profundo trabajo analítico, hecho, ciertamente, con muy sagaz y atinado criterio; pero no puede menos de producir una confusion y una fatiga, tan abrumadoras como estériles, en todo el que trate de aprender el idioma, por muy grandes que sean su constancia y su talento, estudiándolo en aquel voluminoso y complicado tegido de reglas, casos excepcionales, observaciones, notas, hacinamiento de autoridades, tecnicismo, doctrina repetida, referencias y aparentes anomalías.

Así como la gramática árabe de Guillermo Postel tiene más de un punto de semejanza con el ensayo de gramática hebrea, con que empezó Renschlin á facilitar la marcha por el angosto, largo y tortuoso sendero de las seculares tradiciones rabínicas, así tambien la obra de Silvestre de Sacy puede compararse con la gramática hebrea de Schultens, en que tan distinguido filólogo acopió abundantes y preciosos materiales, para que sus discípulos y sucesores fuesen, poco á poco, construyendo la ciencia gramatical hebraica.

Alberto Schultens y Silvestre de Sacy acreditaron, despues de todo, haber conocido, respectivamente, la índole del hebreo y del árabe, mucho mejor aún que los gramáticos indígenas; y en medio del lujo de detalles, que revisten las páginas de sus citadas obras, se advierten rasgos de intuicion admirable, con que redujeron, al sencillo molde del génio de ambas lenguas, importantes fenómenos, que acusaban, en apariencia, una gran desviacion de las leyes, que rigen su organismo, resolviendo, así, gravísimas dificultades, propias del estudio analítico, y preparando, de este modo, más y más, el camino, para entrar en el periodo de elaboracion sintética, emprendida por algunos eminentes hebraistas y arabistas contemporáneos.

Y al llegar á este punto, nos apresuramos á reconocer y confesar, y debemos decirlo en voz muy alta, que á la nacion española cabe la gloria de haber producido, en el presente siglo, un orientalista, por quien se ha realizado, ántes que por ningun otro de los países extranjeros, un trabajo sistemático completo, induciendo leyes y esta-

bleciendo principios, en la materia lingüística, á que venimos refiriéndonos.

Los filólogos alemanes de más nota, que han escrito en nuestros días gramáticas de árabe y hebreo, lejos de esclarecer, mediante una simplificación metódica, la buena doctrina, consignada, en el último tercio del siglo pasado, por sus compatriotas M. J. Janh, catedrático de árabe en la Universidad de Viena, y Nicolás Schroeder, profesor de hebreo de la Universidad de Groninge, han derramado espesa niebla sobre el campo de la analogía y sintáxis, investigando, examinando y analizando sutilmente la estructura de ambas lenguas, desde nuevos puntos de observacion y con especiales fines preconcebidos; y no ha faltado, entre los jefes de las escuelas racionalistas, quien ha tenido á bien ofrecer á la curiosidad pública estudios comparativos, en que se convierten las lenguas, latina y griega, en una especie de lecho de Procusto, á que deben acomodarse los idiomas, árabe y hebreo, tachándose á estos de defectuosos y anómalos, siempre que no se encuentren, siquiera sea por medios violentísimos, el ajuste y coincidencia que se buscan, y llevándose las soberbias pretensiones hasta el extremo de intentar corregir los supuestos defectos y anomalías, no en el sentido y forma de la escuela holandesa, sino rehaciendo artificialmente las lenguas, ni más ni menos que si se tratase de perfeccionar un producto cualquiera de la industria humana.

En Italia, cuyo apacible ambiente embalsaman las flores, nacidas sobre las tumbas del cantor de Eneas y del poeta venusino; cuna del Renacimiento, y donde tan en boga han estado siempre los estudios clásicos, la erudicion filológica continúa haciendo objeto de sus predilectas aficiones, el exámen de las lenguas y literaturas, griega y latina; y al lado de la escogida falange de investigadores y críticos, que tanto contribuye, con las de otros muchos países, á que sean, de día en día, mejor conocidos, los monumentos, que nos legáran la antigua cultura helénica y la civilizacion romana, apenas cuenta, en estos últimos años, un solo orientalista, que haya alcanzado merecido renombre por sus trabajos gramaticales sobre lenguas semíticas, por más que, indebidamente, se califique de gramático por algunos al insigne organizador de una nueva ciencia, cabalística y razonadora á la vez, hermanada con una erudicion histórica admirable y un conocimiento profundo de idiomas semíticos, á cuyo favor se ha pretendido des-

correr el velo de los misterios, propuestos por la fé religiosa á la razon humana, y descubrir ó explicar, satisfactoriamente, remotos sucesos, ignorados, ó mal comprendidos, dando el carácter de certidumbre histórica á las más extrañas é inverosímiles deducciones. (1)

En los países septentrionales de Europa, donde la frialdad de las brumas parece como que fomenta el amor al estudio, vigorizando las facultades del espíritu; cuyo nivel intelectual no es, bajo algunos conceptos, menos envidiable que el de la sesuda y laboriosa Alemania; y donde las letras semíticas se hallan tan dignamente representadas por los Dozy, Burggraff, Pusey, Robinson, Scott, Veth, Tornberg, Dorn, Kazembeg, y tantos y tantos otros eminentes literatos, descuellan, como autores de obras didácticas del árabe clásico, el holandés Roorda, el danés Caspari y el hijo de la Gran Bretaña, William Writgh, quien, sobre la base de la gramática del segundo, ha escrito y publicado el mejor y más completo análisis, que conocemos, de la lengua árabe, y que bien pudiera considerarse como una tercera edición de la inmortal obra de Silvestre de Sacy, notablemente corregida y aumentada.

William Writgh, con buen orden y estilo sóbrio, amplía, en efecto, la doctrina del maestro de los arabistas del siglo XIX; aumenta el número de cánones, muy especialmente, en la parte analógica; discute, aclara y aún rectifica algunos puntos; señala, con nimia escrupulosidad, las excepciones; ilustralo todo con oportunos y abundantes ejemplos; y como precioso complemento de su estudio, va indicando, con frecuencia, las palabras y formas de los demás idiomas semíticos, correspondientes á las palabras y formas del árabe; y merced á este breve y luminoso cotejo, resuelve, con fallo ejecutorio, alguna que otra cuestion, en que andaban empeñados los más doctos hebraizantes, como la relativa al origen del artículo determinativo hebreo.

El justo respeto, que inspira á nuestros vecinos de allende los Pirineos el nombre de Silvestre de Sacy, ha sido, sin duda, causa de que nadie se propusiese, en Francia, decorarse con el título de autor de una gramática del árabe clásico, hasta que uno de los más entusiastas

(1) El abate Lanci, cuyo sistema se ha aplicado, novísimamente, por E. Carette, á las lenguas madres de las modernas europeas, para esclarecer los orígenes y tiempos prehistóricos de las antiguas nacionalidades árias.

admiradores de aquel génio, discípulo y sucesor del mismo en la cátedra de árabe de la Escuela de lenguas orientales, el sábio y preclaro Reinaud, *convencido de la necesidad que sentían sus alumnos de una gramática mucho menos extensa y más metódica* que la compuesta por Silvestre de Sacy, dirigió al abate Glaire una cariñosa excitacion, á fin de que procurase llenar tan grave falta; y Glaire, entónces, escribió y publicó un libro que, salvo pequeñas innovaciones, es un buen compendio de la voluminosa obra de Silvestre de Sacy, pero que tampoco contiene las anheladas fórmulas sintéticas, que, en filología, como en las demás ramas del saber, constituyen la aspiracion suprema de la ciencia y guardan, al propio tiempo, el secreto y la clave de la enseñanza.

M. Bresnier, otro discípulo de Silvestre de Sacy, cuya escuela frecuentó durante algunos años; catedrático de árabe en la capital de la colonia argelina; el primero que en el estudio del árabe ha contraído el mérito de remontarse, más de una vez, á las alturas de la síntesis, y á quien no se ha rendido, hasta ahora, por sus compatriotas el tributo de consideracion y aplauso que merece, estampó en el prólogo de su gramática, impresa en Argel, en 1855, las siguientes palabras, que, á vueltas de cierta hipérbole, inspirada por la altivez del génio, traducen un fondo de verdad innegable.

«Para llegar al fin, á que nos dirigimos, hemos expuesto las leyes y principios, poco numerosos, sobre que está fundada la lengua árabe, y hemos desarrollado esas leyes y esos principios, mediante demostraciones y ejemplos, que sirven para precisar su naturaleza y su aplicacion. Lejos de proponernos multiplicar las reglas, *como se ha hecho hasta el dia*, hemos establecido, sencillamente, algunos principios rigurosos, que evitan al alumno los *obstáculos inextricables* del sistema confuso y *antisintético*, que se sigue escrupulosamente en Europa, donde se ven repitiendo, con variedad de formas, las mismas ideas, emitidas por los más antiguos gramáticos.»

Sin embargo: *nueve años ántes* de que viesen la luz estas notables palabras, un profesor español, hijo de la provincia de Sevilla, discípulo de otro español ilustre, catedrático de la Universidad central y restaurador de los estudios hebraicos en nuestra pátria, habia publicado, en Madrid, una gramática filosófica de la escritura y lengua hebrea, en la que, sin hacernos cargo ahora de algunas teorías, que tienen, y no perderán



nunca, á nuestro juicio, el carácter de problemáticas, y omitiendo, en obsequio de la brevedad, otras varias de menor importancia, perfectamente establecidas, asentó y desenvolvió, magistralmente, la teoría de la conjugacion única del verbo hebreo, y por lo tanto, del de todas las lenguas, comprendidas en la familia semítica; redujo á cinco claves generales, si bien susceptibles de una inferior y necesaria determinacion, el sinnúmero de reglas, dadas hasta entónces, para explicar la série de cambios, á que están sometidas, en el juego de la analogía, todas las mociones hebreas; fijó las leyes de la concordancia y del régimen, condensando en pocas líneas el interminable casuismo, consiguiente al procedimiento, tan opuesto á la índole de la enseñanza y tan difícil y enojoso al que estudia, de dedicar tratados especiales á la sintáxis de cada una de las categorías subalternas del discurso; simplificó, hasta dónde es posible, la materia, concerniente al orden y prosecucion de acentos, una de las más prolija y confusamente analizadas por los gramáticos que le habian precedido; y relegó, por último, fuera del campo etimológico, las modificaciones reclamadas por la enfonía, cuyas leyes formuló con la mayor claridad y exactitud, demostrando, con esto, que huelgan, en todas las gramáticas de idiomas semíticos, la multitud de páginas de indigesta lectura, en que, bajo los epígrafes de verbos y nombres irregulares ó imperfectos, se trata, con extension y complicacion extraordinarias, de un punto, en que no se hace, en realidad, otra cosa, que ir aplicando una doctrina sumamente breve y sencilla, que no altera, en lo mas mínimo, las leyes y principios analógicos.

Pero no se limita el adelanto, conseguido por el profesor español, al hecho de haber andado el camino, que faltaba recorrer, para que pudiera darse por constituida la ciencia gramatical hebráica.

Si todos los idiomas que se conocen, productó de un trabajo lento de elaboracion, que, sobre la base de la primitiva palabra ó de las raices, han llevado á efecto grandes colectividades humanas, influidas por multitud de causas, independientes de la facultad reflexiva, (*a*) ofrecen, en su textura analógica y en sus combinaciones sintáxicas, motivos de la más profunda admiracion, siempre que se llega á penetrar la filosofia de sus procedimientos, no de otra suerte que se siente poseido de asombro el naturalista, que, al estudiar los fenómenos fisiológicos, inquiere la finalidad del ministerio de todos y cada uno de los órganos, la justa proporcion de causas y efectos, y la suprema ley de armonia, que rige el conjunto de

funciones, ejercidas por un organismo viviente, bien puede asegurarse que muy pocos idiomas, ó tal vez ninguno, han sido estudiados con más alto sentido filosófico, que el que se ha aplicado, en el presente siglo, al exámen del mecanismo gramatical de la lengua hebrea.

Tan notable progreso débese, igualmente, al catedrático español, retirado hoy, por su avanzada edad, del ministerio de la enseñanza pública, quien, al descubrir y desenrañar la filosofía, que presidió á la formacion de la palabra hebrea, en sus tres categorías fundamentales de verbo, nombre y partícula, y al razonar, con aguda crítica, las sencillas y naturales leyes de su concordancia, de su régimen y de su construccion, ha razonado, indirectamente, á la vez, una buena parte de la analogía y sintáxis de los restantes idiomas semíticos.

Y en vano se pretenderá desconocer, ó negar, el timbre de gloria, que esmalta, en este punto, los anales contemporáneos de nuestra historia literaria, cuando, en medio de la vertiginosa rapidez de los adelantos, con que diariamente nos sorprenden las artes y la industria, á las que, en virtud de la direccion que llevan las corrientes de la cultura moderna, parece que está hoy reservado el privilegio de excitar el público interés y de conciliarse los favores de la fortuna; cuando, á pesar de la exclusiva preferencia, que da la juventud escolar á otro linage de estudios, en que halla su vocacion mayores encantos, ó su esperanza el atractivo de un lisonjero porvenir; y cuando, desde principios de siglo, viene atravesando España un período de laboriosa crisis, en que tanto sobreexcita y preocupa los ánimos el continuo vaiven de nuestros disturbios políticos, que, al tratarse del fomento de las letras, esterilizan la accion de los unos, ó la reducen á muy exiguas proporciones, embargan la atencion de los otros, distrayéndola de todo estudio sério y trascendental, y contribuyen poderosamente á extinguir ó amortiguar el entusiasmo del mayor número, todavía puede presentar nuestra pátria una pléyada de doctos hebraizantes, como sazonado fruto de la enseñanza, suministrada, con ejemplar y discretísimo celo, durante nueve lustros, por el venerable patriarca de los orientalistas españoles. (b)

Este humilde recuerdo, que, cediendo á un hondo sentimiento de imparcialidad y justicia, dedicamos al mérito de un compatriota insigne, no nos impide reconocer que la lengua árabe opone, bajo ciertos puntos de vista, mayores obstáculos que la hebrea á la ejecucion de

un trabajo perfecto de elaboración sistemática, porque, si es indudable que una y otra obedecen á leyes análogas y están sujetas á procedimientos íntimamente afines, desde la propiedad de dar origen á la palabra, incorporando en la raíz un escaso número de determinadas letras, y modificando interiormente el núcleo radical, mediante los elementos fonéticos, llamados mociones, hasta la índole de los giros sintáxicos, menos conformes con el carácter de los idiomas indo-europeos, (c) nadie tampoco ignora que el árabe clásico se nos presenta con un desarrollo de organismo mucho más considerable, ya por haberse fijado en época posterior, ya por ser consecuencia de la acumulación, en un solo dialecto, de voces y formas especiales, empleadas antiguamente por cada una de las tribus, en que se dividía la población aborígen de la Península arábica, y ya también, por haberse consignado y transmitido en una literatura, más extensa que todo el resto de la literatura semítica.

Contrayéndonos á algunas particularidades del árabe, las seis letras que se añadieron, en el alfabeto *nesji*, á las veintidos, de que consta el semítico; (d) las diversas figuras que toma, en apariencia, cada uno de los veinte y ocho signos, según que se encuentran aislados, unidos á la letra precedente, ó á la siguiente, ó á una y otra al mismo tiempo; el abundante número de alteraciones, exigidas por el principio eufónico; la mayor suma de formas del verbo trilitero, frecuentemente usadas, doble que la del verbo hebreo y demás idiomas congéneres; las cuatro formas del verbo cuadrilitero; la voz activa y pasiva, de que son susceptibles las primeras, exceptuando la novena, exclusivamente propia del árabe; la conservación de flexiones especiales para el dual, y para la tercera persona femenina de plural en el pretérito; los tres modos del futuro; las desinencias enfáticas, de que el hebreo ofrece rarísimo ejemplo, y desconocidas por completo en el siríaco, caldeo, etíope, fenicio y asirio; la declinación triptota, privativa también del árabe, y la díptota, que, en hebreo, puede decirse está limitada á los nombres duales y plurales, al pasar del estado absoluto al constructo; la multitud de nombres, llamados *masdares*, á que corresponden los *makores*, de que cada forma verbal hebrea no posee, en rigor, más que un solo tipo; la existencia, en árabe, de otra porción de clases de nombres, verbales y denominativos, de que no aparece vestigio alguno en las lenguas hermanas; los plurales frac-

tos; y en general, la intervencion de las mociones, tan extraordinaria y sensible en todo el curso de la analogía, que basta un ligero exámen comparativo, para apreciar la mayor influencia de aquellas, relativamente á la que ejercen las mociones de los demás idiomas semíticos sobre los elementos radicales y serviles, para constituir su respectivo organismo; todo esto, sin descender á menores detalles, unido á la inmensa fuerza de una rutina secular, supone, en el trabajo de la construccion científica, tan graves dificultades que vencer, que bien merece algun testimonio de gratitud el primero, que ha intentado y conseguido, en parte, desembrollar el caos, en que necesariamente tenian que andar perdidos, mucho tiempo, cuantos aspiraban á aprender la lengua de Mahoma, por privilegiada que fuese su inteligencia, y por más que contasen con firmeza de voluntad suficiente, para no cejar en su laudable y meritorio empeño.

M. Bresnier, sin tomar en cuenta los puntos diacríticos, que, como es sabido, no modifican la figura de la letra, habiendo puesto en evidencia que el hecho de atribuir diversas formas á los signos del alfabeto *nesji*, proviene de haberse apreciado por la tipografía europea, como parte integral de las letras árabes, los rasgos de enlace, adoptados en la escritura cursiva, para facilitar el trabajo del escritor ó del amanuense, y los apéndices, que, por una razon puramente caligráfica, llevan casi todas las letras finales de palabra; cuyos rasgos de enlace no varian, y cuyos apéndices difieren, sólo, en la direccion de izquierda á derecha, ó viceversa, indicada por la misma forma de la letra, ha reducido á *quince* las *ciento veintidos* figuras, que era forzoso aprender ántes, como primera tarea de la disciplina arábica y primer motivo de disgusto y desaliento para todo el que emprendia el estudio.

Bresnier, por inspiracion propia, ó siguiendo la marcha trazada por el eminente hebraísta español, ha proclamado la teoría de la conjugacion única del verbo árabe, y considerando tambien como meras conveniencias de eufonía las supuestas irregularidades del idioma, y lamentándose de que los europeos hayan reproducido, en esta parte, el enojoso casuismo de los gramáticos musulmanes, *tomando por causas los efectos*, ha redactado seis claves generales, que bien pudieran llamarse el derecho constituyente de todos los cambios, sufridos por las formas, en cuya composicion entra, como elemento radical, alguna de las tres articulaciones débiles; y ha llegado, en consecuencia, á rechazar, *como innecesaria*



rias, las clasificaciones del verbo y del nombre, fundadas sobre la base de fenómenos, que, lejos de acusar irregularidad alguna, suponen, lo mismo que en hebreo, la más estricta é invariable subordinación al procedimiento normal analógico.

Bresnier, por último, abordando la materia más oscura y complicada de la gramática árabe, que es la relativa á los plurales fractos, y partiendo, no de hipótesis, más o menos verosímiles, sobre el misterioso proceso de su formación, como lo han hecho después, con criterio y resultado divergentes, algunos arabistas alemanes, holandeses y franceses, sino de la estructura que hoy afectan, idéntica á la que ofrecen en todas las épocas, á que alcanza, tratándose del árabe, la investigación histórico-lingüística, y apoyándose, al propio tiempo, de acuerdo con la doctrina de Silvestre de Sacy, en las especies de nombre, á que suelen aplicarse, ha hecho una clasificación tan sencilla, como se infiere del relevante mérito de haber reducido á un solo tipo treinta y tres clases de nombres, en que se creía ver, confundiendo la esencia de la palabra con los caracteres de un accidente analógico, otros tantos plurales distintos, y tan oportuna y tan eminentemente didáctica, que, en las nueve formas típicas, que constituyen el cuadro de la clasificación, y que se distinguen de todo nombre singular, ó que, si alguna vez sucede lo contrario, son siempre muy fáciles de conocerse, se hallan comprendidos los plurales fractos, que con mayor frecuencia ocurren en el ejercicio de la traducción y análisis.

Realizado este progreso en la marcha ascendente de la inducción, era preciso aún desenvolver las leyes fundamentales de la eufonía, mediante una serie de fórmulas breves y concretas, que, á la vez que pudieran considerarse como la legislación orgánica del principio eufónico, fuesen resumen de la multitud de reglas, que, dispuestas, á manera de segundo y grave escollo, en los preliminares del estudio, tanto y tan inútilmente fatigaban la memoria del principiante; echábase de ménos una clasificación de las formas derivadas del verbo, ajustada á la ley de la analogía, á fin de evitar la confusión y excepciones, que resultan de la clasificación, seguida por los gramáticos modernos; faltaba razonar el mecanismo etimológico del árabe, en la parte que le es exclusivamente propia; y necesitábase, por fin, estudiar la sintáxis, ampliando la doctrina de Erpenio y redu-

ciendo á sus naturales y justos límites la de Silvestre de Sacy, por el procedimiento inductivo, aplicado, con éxito brillante, al estudio de la sintáxis hebrea; y este adelanto, merced al cual la enseñanza del árabe viene á llenar cumplidamente la primera condición, exigida por el método; este adelanto, que hoy brinda á una inteligencia y esfuerzo regulares, con la seguridad de aprenderse, en pocos meses, (e) una gramática, cuyo estudio, hecho imperfectamente, costaba á las más elevadas capacidades, en tiempo de Teodoro Bibliander, cinco ó seis años de árdua y asidua aplicación, y no sabemos cuántos, en época no muy distante de la actual, se debe también á un catedrático español, que es nuestro maestro, (5) quien acaba de abrirse, de par en par, con sobrados títulos, las puertas de la Real Academia de la Historia; no menos ventajosamente conocido en el extranjero, que entre nosotros, por sus concienzudos é interesantes trabajos sobre numismática é historia arábigo-hispanas, y á quien, dadas su juventud y sus dotes de talento y laboriosidad incansable, auguramos, para no lejano porvenir, nueva y abundante cosecha de laureles, recogidos en la misión de la enseñanza y en el cultivo del difícil género histórico-crítico, á que especialmente se dedica, y que tan necesario es para ilustrar, comprobar ó rectificar los escasos datos, transmitidos por nuestras antiguas crónicas, y para ir, de este modo, rehaciendo, convenientemente, la historia patria.

A la enseñanza de la cátedra, sólo incumbe, pues, hoy, exponer las teorías gramaticales del árabe y hebreo, con la brevedad, claridad y sencillez, propias del estilo didáctico; atenerse estrictamente á los preceptos de la lógica en las definiciones, divisiones y demostraciones, que den á conocer la unidad, la variedad y la armonía, externas é internas, de uno y otro idioma, y recurrir diariamente, tras la exposición de cada teoría, al procedimiento del análisis, que con tanto imperio reclama el estudio de las lenguas, y con que, al paso que se hacen sensibles las verdades abstractas y generales de la doctrina gramatical y se consigue que las teorías se graben con firmeza en la memoria del alumno, se obtiene la reconstrucción científica del objeto de la enseñanza, y se completa el método, cuyo procedimiento sintético debe revelarse

(5) D. Francisco Codera y Zaidin.

en la série de enunciados, que forman las lecciones, contenidas en los programas.

No ha sido menos notable el esfuerzo, desplegado con objeto de perfeccionar, bajo el punto de vista léxico, el conocimiento de las lenguas árabe y hebrea; y basta, en apoyo de esta asercion, traer á la memoria los trabajos de Loescher, Guseti y Neuman, fundadores del sistema radicalista, de que han partido algunos filólogos contemporáneos, como Daguest, para concluir que el árabe y hebreo proceden de un idioma de raíces monosilábicas y biliteras, (*f*) en que, siendo indeclinable é inconjugable la palabra, representaba, como sucede en el chino, el sustantivo, el adjetivo y el verbo, con todas las modificaciones de la analogía, propia de las lenguas de flexion; basta hacer mérito de las eruditas investigaciones de Hottinger, Bochart y Celsio, iniciadores del sistema etimologista, á que tanta y tan merecida importancia dieron los estudios comparativos, realizados por Alberto Schultens, para determinar la significacion primaria, y la absolutamente desconocida ó incierta, de algunas raíces hebreas, no á beneficio de los datos, que suministra el diccionario árabe, como supone Renan, sino del escrupuloso exámen de los textos, que ofrecen las obras de muy autorizados escritores: basta citar el diccionario de Firuzabadi, compilacion de todas las tareas de la misma índole, llevadas á cabo por los árabes hasta el siglo XIII, y base de los libros, escritos por lexicógrafos europeos, entre quienes se distinguen, en nuestros dias, Freytag, Kazimirski y G. Lane, cuyo nombre va asociado al de una obra monumental, debida á treinta años de incesantes desvelos; y basta, por último, recordar algunos libros de lexicografía hebrea, desde el de Juan Simónis, en que, aplicándose magistralmente los principios de la escuela etimologista, se ponen á tributo el caldeo, el siríaco, el árabe, el etiope y otras lenguas, para esclarecer el origen y fijar la acepcion de las palabras, que se comprueba, además, con citas de autoridades y numerosos ejemplos, tomados del texto bíblico, hasta la obra publicada, recientemente, en idioma francés, bajo el título de *Clave de la interpretacion hebráica*, en que, con extraordinaria sutileza de ingenio, se pretende reducir á muy escaso número la cantidad de raíces, consideradas por el autor como fundamentales, y elevar, por este medio, á la categoría de tésis la inadmisibile hipótesis de que el language tuvo origen en la imitacion, hecha por el hombre, de los so-

nidos de la naturaleza, ó sea en el principio onomatopéyico.

La filología comparada, propiamente dicha, cuyo nacimiento suele referirse á una fecha muy moderna, tuvo principio en el siglo diez y siete, merced á los recursos lingüísticos, con que era dable entónces satisfacer, mejor que en épocas anteriores, el anhelo, que sentian los más eminentes literatos y hombres de ciencia, de conocer el texto bíblico en sus purísimas fuentes; y habiendo comenzado por el estudio de las afinidades, que acreditan el lazo de fraternidad, por que está unido el hebreo con el árabe, etiope, caldeo y siriaco, (*g*) dirigió, en el siglo último, á idéntico fin nuevas é importantes observaciones, logrando explicar, de un modo satisfactorio, algunas formas raras, ó aparentemente anómalas, de la lengua hebrea; y en el siglo actual, no solo ha determinado, con minucioso y severo análisis, todas las analogías y diferencias gramaticales, que existen entre el árabe y el hebreo, y la correspondencia lógica, que guardan las formas comunes á ámbas lenguas, sino que, á favor del concurso de las mismas, ha hecho objeto de exámen los grados de semejanza, en que se funda el parentesco de las familias monosilábica, semítica é indo-europea; y hasta ha llegado á ver, en los verbos y nombres cuadriláteros de la segunda, un gérmen de polisintetismo, que empieza á desarrollarse en el vascuence, considerado por Humboldt y por Whitney, como punto de partida, para entrar en el terreno y jurisdiccion de las lenguas americanas. (*h*)

Aunque el método histórico-comparativo, que hoy se aplica al estudio de algunas lenguas indo-europeas, carece de sólida base, cuando intenta el filólogo remontarse, en sus indagaciones, al período de formación del árabe y hebreo, el concienzudo análisis, que se ha hecho, recientemente, de las formas de ámbas lenguas, no solo ha permitido que se razonen los más importantes procedimientos de su mecanismo orgánico, sino que tambien, en la esfera de las conjeturas, ha dotado de más valor, segun acabamos de insinuar, la opinion de la escuela radicalista sobre el origen monosilábico y bilitero de las raices semíticas; y tratándose del punto más oscuro y difícil de la analogía árabe, ha dado márgen á interesantes monografías, en que se consignan, acompañadas de buen caudal de doctrina filológica y de extenso razonamiento, ingeniosas hipótesis sobre la série de modificaciones, sufridas por la palabra árabe, hasta adquirir la estructura, propia de su definitivo desarrollo.

Tal es, muy ligera é imperfectamente apuntado, el progreso obtenido



en el estudio y conocimiento del hebreo bíblico y de la lengua del Koran.

Habiendo dejado de ser el hebreo lengua viva, desde el momento, en que se cumplieron las predicciones, relativas á la dispersion del pueblo judío, fué relegado por este al olvido; y cuando, al cabo de largo tiempo, empezó á ponerse mano en la obra de la restauracion del idioma, resultando desconocidas la significacion fundamental de muchas raices y la estructura de la lengua, cuyos peculiares giros y locuciones, hijas del carácter oriental, se reemplazaron por las formas de las lenguas de Occidente, que habian llegado á ser las naturales y propias de la inmensa mayoría de los descendientes de Israel, tuvo lugar, en el siglo XIII, la formacion del hebreo, llamado *rabinico-filosófico*, á cuya obra, que es la última degeneracion de la lengua, concurrieron, en incestuoso maridage, multitud de procedimientos y palabras de otras de la misma familia, con un contingente análogo, debido al griego y al latin (*i*)

Propagado el árabe por la conquista musulmana, en una extension de tres mil leguas, desde el Ganges al Atlántico. y ejerciendo y sufriendo poderosas influencias, mientras logró prevalecer, en unas partes, como en el Norte de Africa, sobre los idiomas indígenas; en otras, como en Persia, á cambio de los signos del alfabeto y de un pronunciado carácter de semitismo, agregó á su diccionario algunas voces exóticas; y en otras, como en nuestra Península, sin imponerse á la lengua del país sometido, y sin perder tampoco su propia individualidad, recibió y transmitió numerosos elementos, como precisa consecuencia de las relaciones, de cerca de ocho siglos, que mediaron entre dos pueblos, á cuya fusion oponía, sin embargo, valladar infranqueable el heroismo de los españoles, sostenido, con épica grandeza, por el amor pátrio y por la energia del sentimiento religioso.

En este período, han sido, igualmente, objeto de especiales estudios el hebreo y el árabe; y si las obras de algunos filólogos del siglo XVII, como las que nos legaron los eximios Buxtorfs, suministran aún cuanta enseñanza puede apetecerse por quien aspire á conocer, en todos sus detalles, las sucesivas alteraciones, que afectaron al hebreo, desde la primera dispersion de la raza judáica, hasta la fase de su más deplorable decadencia, el estudio del árabe vulgar, en sus varios dialectos, que difieren en accidentes fonéticos, sin revelar apénas, hasta el dia, ca-

rácter alguno de descomposicion orgánica, ha dado origen á excelentes obras gramaticales, cuya série, despues de la escrita, á fines del siglo anterior, por el renombrado P. Cañes, inaugura, en el siglo actual, la que compuso y dió á luz, en 1808, otro hijo de nuestra pátria: y, en honor de las letras españolas, permitidme, además, que recuerde que, si Fray Pedro de Alcalá acotó, por vez primera, multitud de palabras, trasmitidas del árabe al castellano, en su precioso *Vocabulista arábigo*, que ha servido de base á las modernas disquisiciones de igual género, debidas á Engelmann y Dozy; y si no ha faltado, entre nosotros y en nuestros dias, quien, haciendo brioso alarde de erudicion y de ingenio, ha pretendido demostrar la influencia, ejercida por el hebreo y el árabe sobre toda la sintáxis castellana, (j) otro filólogo español ha sido tambien el primero, que ha hecho objeto de exámen el caudal léxico, prestado al árabe por la lengua latina, contribuyendo, de este modo, á esclarecer uno de los puntos más interesantes y difíciles, que caen bajo el dominio de la filología comparada. (1) (l)

Réstanos decir algunas palabras sobre la importancia literaria del hebreo y del árabe.

Siendo una verdad inconcusa que el valor literario de los idiomas está en razon directa del de las ideas y sentimientos, á que han servido de medio de expresion, y no existiendo una literatura, que aventaje á la hebráica, ni en originalidad, ni en la trascendencia de pensamiento, ni en las dotes de estilo, es tambien innegable que la lengua hebrea reclama, con justicia, en el cuadro de los estudios literarios, un lugar preferente, entre todos los que pueden despertar el interés ó avivar el entusiasmo del filólogo.

Aun prescindiendo de la idea teogónica, en que el pueblo hebreo, no por cualidades privativas de raza, sino en virtud del magisterio, ejercido por sus caudillos y por la voz solemne de los profetas, se elevó á inmensa altura sobre todas las sociedades antiguas, no es posible desconocer, si estudiamos la historia con sereno é imparcial criterio, la gran parte, que cupo á los hijos de Héber, en la obra de la civilizacion de los pueblos ários.

Desde la escritura alfabética, nunca suficientemente admirada, apren-

(1) D. Francisco Javier Simonet.

dida de los hebreos por los fenicios, en que aparecen consignados los primitivos monumentos literarios de los pueblos, latino, griego é indio, y á favor de cuya peregrina adquisicion dió principio y pudo adquirir desarrollo la cultura indo-europea, hasta las más valiosas manifestaciones de la facultad creadora y del talento observador y profundamente reflexivo, es, en efecto, preciso reconocer la poderosa influencia de la doctrina oral y de la literatura clásica de los hebreos, sobre el espíritu de la India, Grécia, Persia y demás nacionalidades afines, revelado en sus admirables concepciones científicas y literarias.

La Cosmogonía del Génesis, que, despues de haber sido rudamente combatida en nombre de la ciencia, encuentra hoy firmísimo apoyo en la misma ciencia, estudiada sin prevenciones de escuela, fué reproducida por el Zend-Avesta y prohijada por Platon y Anaxágoras; gran número de preceptos de diversa índole pasaron, con ligeras modificaciones, de la ley de Moisés al código de Manou y de Zoroastro; las célebres sentencias de los Siete Sábios nos recuerdan, sin querer, como pálido reflejo de la luz, despedida por un foco de inmenso resplandor, las sublimes máximas, contenidas en las páginas de la Biblia, llamadas, por antonomasia, libros morales; multitud de poesías védicas están vaciadas, aunque muy toscamente, en el molde de los cantos hebreos; la pintura de situaciones dramáticas, en que tanto abunda el texto bíblico, sobre todo, el libro de Job, con sus admirables caracteres, con sus profundos pensamientos, y con su forma, adecuada á la novedad y grandeza del ideal poético, precedió, en algunos siglos, señalando la meta de la perfeccion artística, al génio de Kálidâsa y de los dramaturgos de la Grécia; y hasta el relato de sucesos, concernientes á la vida civil, política, moral y religiosa de los pueblos, hecho, en las mismas páginas, con sencillez encantadora y con el más brillante colorido, pudo servir de acabado modelo al insigne narrador de tradiciones y costumbres orientales, á quien, por universal acuerdo de la crítica, se ha concedido el glorioso título de *padre de la historia*.

Más para quilatar, bajo el punto de vista literario, y en cuanto cabe, dentro de la limitacion de las facultades del hombre, el contenido y la forma de aquellos libros, verdaderamente inspirados, no basta una preparacion, de que constituya única parte, como elemento filológico, el estudio de las lenguas, latina y griega; ni basta, tampoco, depurar el sentimiento estético, familiarizándose, más ó menos, con el estilo de los

autores, que ilustraron, en Roma y Atenas, los siglos de Augusto y de Pericles; ni sirve, por último, leer alguna de las traducciones de la Biblia hebérica, hechas á casi todas las lenguas conocidas; sino que es absolutamente indispensable la lectura en el texto original, y por lo mismo, absolutamente necesario el conocimiento previo del idioma, en que, con lenguaje, digno de la sublimidad del asunto, historió Moisés la obra de la creacion, el origen y primeros pasos de la humana familia, y los interesantes principios de la vida de un pueblo, para quien, en fuerza de repetirse, parece que llegaron á revestir el carácter de lo natural y ordinario sucesos, tan grandes y de tan alta significacion, como el paso del mar Rojo y las maravillas del Sinay; idioma, que guarda, con su nativa fragancia, el fruto de la sabiduría de Salomon; en que se modularon los sonidos del arpa de oro de David, y en que, á manera de impetuoso torrente, y de nube, inflamada por el soplo de la tempestad, dejaron oír los profetas el acento de su arrebatadora elocuencia.

Tan débil nos parece el argumento, con que se ha sostenido por algunos la inconveniencia de leer la Biblia en el texto original, suponiendo que ha sido alterado por el pueblo hebreo y por los masoretas tiberienses, que si no hubiera sido concluyentemente rebatido por escritores ilustres, bastaría, para desvanecerlo, considerar el sinnúmero de pruebas, que, contra el Judaismo, halla la Teología católica en el texto hebráico, cuya integridad y pureza, lejos de haberse menoscabado, han sido, en todos tiempos, como ahora, defendidas por el pueblo judío con las más exquisitas precauciones; y la objecion, que contra la importancia del estudio del hebreo, se ha hecho por otros, fundándose en la existencia de las versiones, tiene hoy menor fuerza que en los tiempos, en que mereció ser impugnada por Orígenes, San Jerónimo, San Agustin, San Juan Crisóstomo y otras grandes lumbreras de los primeros siglos de la Iglesia; pues, mientras que, desde entónces hasta el dia, ha ido perfeccionándose, paulatinamente, como hemos visto, el estudio del idioma hebreo, las antiguas versiones bíblicas continúan resintiéndose de sus originarios defectos, que, aún sin atentar á la ortodóxia de la fé y á los fueros de la moral, alteran unas veces el pensamiento bíblico, lo debilitan ú oscurecen otras muchas, y lo despojan siempre de las galas y nervio de lenguaje, en que se hace asequible al hebraísta apreciar, á cada instante, en toda su valentía y galanura, algun rasgo de

sublime inspiracion ó de incomparable belleza.

En la época actual, que bien puede llamarse de renacimiento para las letras semíticas, es, por otra parte, el idioma hebreo la primera llave, que debe facilitarnos la entrada en el campo de la literatura judáica del período de decadencia, cuyos monumentos, de que, hasta hace algunos años, se poseian pocas más noticias que las que contiene la *Biblioteca rabínica* de Juan Buxtorf, reproducidas ó extractadas por Plantavici, Hottinger, Bartoloci, Koenig, Wolf, Nicolás Antonio, Rodriguez de Castro, y otros, han empezado, en nuestros días, á sacarse del polvo de los archivos, donde yacian sepultadas, y á examinarse con el vivo interés, que revelan las esmeradas ediciones, traducciones y estudios, que acaban de hacerse, en el extranjero, de algunas obras, debidas á rabinos españoles, italianos y alemanes, entre las que figuran, como mas importantes, el libro *Fuente de vida*, escrito en el siglo XI por el malagueño Ibn-Gebirol, con objeto de defender los dogmas capitales de la Biblia contra la doctrina de las emanaciones, contenida en las Enéadas; y el titulado *Maestro de los que vacilan*, en que, con lógica severa y extraordinaria brillantez, discutió los principios de la filosofia aristotélica otro rabino español, que, lanzado, de su pátria por el fanatismo almohade, y en medio de una existencia, contrariada por las amarguras del desierto y por los rencores de la envidia, mereció, en el siglo XII, ser comparado, por su ciencia y virtudes, al legislador y libertador del pueblo hebreo; aquel, á quien citan repetidas veces, y siempre con respeto, Alberto el Grande y Sto. Tomás de Aquino; aquel, que es hoy considerado, como el más genuino representante de la escolástica judia, el ilustre cordobés Maimónides, el génio más universal y más profundo de los rabinos españoles, y aún de todos los escritores israelitas, que las sinagogas de Italia y Alemania han producido hasta el presente.

La incalculable riqueza de la literatura árabe y el interés histórico de las relaciones, que los Estados musulmanes mantuvieron con el Occidente, en la Edad Media, justifican, á la par, la importancia suma del estudio de un idioma, á cuyo favor va ensanchándose, de dia en dia, la esfera de los conocimientos adquiridos acerca de la civilizacion de Oriente y de su influencia en el progresivo desarrollo del espíritu humano.

Bien sabido es que el pueblo árabe, ya recibiese de los judios la iniciacion científica y literaria, como presumen unos, ora tuviese por

maestros á los sirios, como afirman otros, ó ya entrase en las vías del progreso intelectual, merced á la comunicacion, inmediata y directa, con las manifestaciones del génio griego, como sostienen otros, despues de haber paseado por el viejo mundo el estandarte victorioso del Profeta, y despues de haber hecho temblar, bajo el hierro de sus corceles, extensos territorios, á donde no habian osado acercarse las águilas de Roma, se elevó á un grado de cultura, tanto más digno de nuestra admiracion y aplauso, cuanto mayor era la densidad de las sombras, que envolvian á los pueblos occidentales, en cuyo seno germinaba, lenta y laboriosamente, la semilla de la idea nueva, y para los que carecia, entónces, de valor y sentido el legado de la civilizacion antigua.

Los nombres de los kalifas abasies sintetizan un período de cinco siglos de apogeo, con el que coinciden, en parte, las florecientes épocas del imperio, erigido en España por Abd-er-Rahman primero, y del que, siglo y medio más tarde, fundaron los fatimitas en Egipto; imperios estrechamente unidos en el pensamiento de vivir la vida de la ciencia, de la literatura y del arte, en medio de los profundos ódios, simbolizados por el diverso color, que ostentaban sus banderas; en que se alentaban los talentos con magníficas recompensas, y en que gran número de escuelas y bibliotecas públicas, espléndidamente dotadas y provistas, deparaban á los hombres estudiosos el medio de instruirse, y de servir, á su vez, á la causa de la comun ilustracion.

Cosa extraña parece que, mientras el contacto de los pueblos latinos, llevados á la reconquista de la ciudad Santa por el fervor religioso de la Edad Media, excitó en los Estados musulmicos de Oriente una antipatía profunda hácia los estudios clásicos, viniendo, de este modo, á eclipsarse los fulgores de aquella fastuosa civilizacion, impulsada, con tanto brio, por Abu-Chiafar, Harun-er-Raschid y Almamun; Sevilla, Córdoba, Granada, Almeria, Badajoz, Toledo, Albacete, Murcia y otras poblaciones, que, despues de la caida del kalifato occidental, alcanzaron el rango de capitales de otros tantos reinos independientes, continuasen convertidas en grandes centros de vida científica y literaria, á pesar del duelo á muerte, sostenido, con inquebrantable perseverancia, contra la dominacion árabe, por el pueblo ibero, que, ni por razon de su estirpe, ni por el carácter y fuerza del sentimiento religioso, ni por sus tradiciones clásicas, diferia de los que, con mayor decision y entusiasmo, contribuyeron á llevar á cabo el pensamiento de las Cruzadas.

Kufa no dejó otra memoria viva de sus célebres escuelas, que la escritura, que lleva su nombre, reservada, desde el siglo X, para la epigrafía lapidaria y ornamental; Damasco, la residencia favorita de Omar, vió desaparecer sus observatorios, á que debió tan notables adelantos la ciencia cosmográfica; Bagdad, embellecida por Harun-er-Raschid, perdió sus renombradas clínicas y famosas academias, de cuyo seno habian salido multitud de traductores y comentadores de obras griegas; y prescindiendo de otras muchas ciudades, como Alepo y Basora, cuya degradacion intelectual no fué menos rápida y profunda, el Cairo, que, por sus soberbias construcciones y sus numerosas escuelas, merecía haber heredado el título de reina del Oriente, cuna del inventor del álgebra y del autor del Almagesto, atravesó, tambien, muy pronto, el camino de su decadencia, y sólo pudo salvarse de la ruina, por singular privilegio, un centro de instruccion pública, que, como resto petrificado de sus antiguas creaciones, subsiste todavía, y en cuyas aulas, sin que, durante ocho siglos, se haya realizado progreso alguno, ni en el fondo, ni en el método de la enseñanza, se estudian los dogmas fundamentales de la Teología musulmana, y el cuerpo de doctrina jurídica, á que sirve de base la exégesis de los preceptos del Koran, debida á los fundadores de las cuatro sectas ortodoxas del Islamismo.

Si fuera inoportuno, al evocar estos recuerdos, empeñarnos en inquirir, ó exponer, las causas del contraste, que ofrece la situacion lisonjera, en que siguieron manteniéndose las artes, las letras y las ciencias, cultivadas en los pequeños reinos árabes de nuestra Península, con el estado de abatimiento, á que llegó, en la Edad Media, la cultura de las ciudades orientales, predilectas de los kalifas, cumple á nuestro propósito consignar, una vez más, que hallándonos en los principios de un periodo de resurreccion del Oriente, parecido al del renacimiento de las letras griegas y latinas, y atendido el inmenso tesoro, oculto todavía, de la literatura árabe, viene hoy á satisfacer una necesidad, no menos imperiosa que la que llena el conocimiento del hebreo, el estudio de la lengua, á que confió sus gallardas inspiraciones la musa del desierto, tan brillantemente representada por los poetas ante-islámicos, y que consagrada, después, por la ley de Mahoma, ha servido de medio de manifestacion al pensamiento semítico, conservando siempre un carácter y sabor clásicos, que es permitido

suponer no perderá tampoco, mientras exista un solo pueblo, fiel á las creencias musulmanas.

Cuando el mundo sábio cuenta hoy con multitud de ediciones de las obras griegas y latinas, que, antes de la invencion de la imprenta, lograron salvarse del naufragio de los siglos; cuando todas ellas han sido puestas al alcance del vulgo, en las naciones más cultas, merced á la exquisita diligencia de un sinnúmero de laboriosos intérpretes; cuando no existe biblioteca ni archivo, en que se custodie algun resto de esas literaturas, estudiadas, con creciente afan, desde el tiempo de Escalígero, que no hayan sido registrados, con el mayor escrúpulo, á fin de allegar cuaquier dato, que contribuya á darlas á conocer más cumplidamente; y cuando tantos y tan eruditos ingenios dedican aún muy prolijas tareas al exámen de la vida y escritos de autores, que parece difícil puedan ya ofrecer á la crítica nuevos puntos de vista y nuevos temas de interesante discusion, la ciencia y literatura de los árabes eran, hasta hace algunos años, poco más conocidas que lo que habian sido por los contemporáneos de Etienne y de Casaubon, los Erpenios y los Gólios.

Y no merecía, ciertamente, tan desdeñoso olvido el saber del pueblo, á quien se debe el descubrimiento de importantes principios de la ciencia de la naturaleza; la trasformacion de la filosofía hermética en la química; la idea y construccion de aparatos, con cuyo auxilio alcanzó, en astronomía, segun dice Sedillot, *el límite de los conocimientos, que podían adquirirse antes de la invencion del telescopio*; del pueblo, que enseñó á Europa el admirable sistema de numeracion, que lleva el nombre de arábica, y á quien, en buena crítica, se atribuye tambien por algunos la invencion de la pólvora, del papel de hilo y aún de la aguja náutica; del pueblo, á cuyas escuelas, que sirvieron de modelo á las instituidas por Carlo Magno, acudieron, entre otros personajes ilustres, Alfonso el Sábio, el pontífice Silvestre II, Roger Bacon, Raimundo Lulio, Miguel Escoto, Federico II de Sicilia, Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino; del pueblo, que, segun las palabras de un individuo de este Claustro, *plantó esos incomparables jardines, que se llaman las huertas de Valencia, de Orihuela, de Murcia y de Alicante; esas vegas de Córdoba, de Sevilla y de Granada, y esos poéticos cármenes, en que florecen plantas exóticas, suspendidas del azul de los cielos, y cubrió el Mediterráneo con las blancas velas de sus naves car-*

gadas con los ricos tegidos de algodón. de lana, de sederías y brocados, que labraban en ciudades españolas miles de telares; (1) del pueblo, que edificó la mezquita de Córdoba, que levantó la Giralda, y que dejó expuestas á la atónita contemplacion de los siglos las maravillas de la Alhambra: del pueblo, en fin, que produjo poetas, como Lébid y Antar; noveladores, como Hariri y el autor anónimo de las *Mil y una noches*; físicos y químicos, como Geber, Al-Kazwini y Abu-Selt; naturalistas, como Ibn-al-Baitar y Abdallatif; teólogos, como Beidhawi; jurisconsultos, como Abu-Abdallah-Bochari; matemáticos, como Mohamed-ben-Mousa, Abu-l-Hassan y Ben-Hayten; astrónomos, como Abu-l-Weffa, Nasir-ed-Din y Olugh-Beg; médicos, como er-Razi, Ibn-Sina é Ibn-Rosched; filósofos, como Alkendi, Algazali, Alfarabi y Tofail; geógrafos, como Ibn-Batuta, Masudi, Ibn-Haucal y Xerif-el-Edris; é historiadores, como Abu-l-faragio, Abu-l-fedá, Ibn-Jaldun, Ibn-al-Jatib, Macrizi, Ibn-Jalikan, Annowairi, Ibn-al-Attir y Almakkari.

En el movimiento intelectual de la época presente, y en la gloriosa cruzada, emprendida, con objeto de exhumar del polvo de las ruinas y devolver á la vida de la historia los despojos de olvidadas civilizaciones, las obras de aquellos y de otros muchos representantes del génio árabe, van dándose á conocer, en ediciones, hechas con arreglo á los mejores códices, en traducciones y en estudios críticos, por los orientalista europeos, encargados de explorar las vastas necrópolis, que guardan el esplendor y cultura de los pueblos semíticos.

Preciso es confesar que Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Rusia, y, sobre todo, Alemania, ocupan los puestos más avanzados en tan brillante jornada; y si la nacion española, despues de haber sido la primera de Europa, en que la enseñanza del árabe mereció los honores de una institucion pública, como se infiere del mandamiento, expedido por Alfonso X, en 8 de diciembre de 1254, á fin de que se estableciesen, en Sevilla, *estudios y escuelas generales de latin y de arábigo*; despues de haber influido, mediante la iniciativa y esfuerzos de Raimundo Lúlio, en el acuerdo, adoptado por el Concilio general de Viena, sobre fundacion de cátedras de árabe, hebreo y caldeo, en la córte de Roma y en las Universidades de Paris, Oxford,

(1) «Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los almoravides», por R. Dozy; traducida y anotada por Federico de Castro. Prólogo del traductor, pág. VII.

Bolonia y Salamanca; despues de haber precedido á Francia, Inglaterra y Alemania en la formacion y publicacion de Biblias poliglotas, haciendo servir de norma la Complutense, que constituye uno de los mejores títulos de gloria del cardenal Cisneros, y la llamada Régia, que, á falta de otros merecimientos, bastaría para inmortalizar el nombre de Arias Montano; y despues de haberse adelantado á los demás pueblos de Europa, durante la segunda mitad de la anterior centuria, gracias al apoyo nacional, en la obra de restauracion de las letras orientales, inaugurada por Casiri, Lozano, Cañes, Banqueri y otros distinguidos arabistas; si España, repetimos, oprimida, en el presente siglo, bajo el peso de inmensos infortunios, no ha podido avanzar, cuánto el patriotismo anhela, en un linage de estudios, que, aún en los países más prósperos y donde más difundida se halla la ilustracion, demandan, para ser cultivados con éxito, el eficaz concurso de sociedades especiales y la generosa proteccion de los gobiernos, vé, no obstante, figurar, con señalada honra, en el catálogo de arabistas contemporáneos, á los Gayangos, Simonet, Fernandez y Gonzalez, Codera, Moreno Nieto, Amador de los Rios, Calderon, Alcober, Lafuente Alcántara, García Ayuso, Delgado, Saavedra, Eguilaz, Riaño y algunos otros, quienes, en lucha con todo género de dificultades, y sin arredrarse por el infausto término de la vida de Conde, *muerto en la miseria y en extrangero suelo*, sostienen enhiesta, entre nosotros, con gran talento y abnegacion heróica, la bandera del orientalismo arábigo, respondiendo á nuestras gloriosas tradiciones, y dejando á salvo, en este punto, el buen nombre de la pátria.

He llegado, Excmo. Sr., al fin de mi pobre y modesta tarea.

Séame, ahora, lícito, en representacion de todas las Facultades de este Claustro, de cuyos sentimientos aspiro á hacerme fiel intérprete, dirigir algunos consejos á la juventud escolar, que, llena de vagas inquietudes y de risueñas esperanzas, aguarda, con noble impaciencia, que se declare abierto el nuevo año académico, para emprender ó continuar, en nuestras áulas, sus estudios universitarios.

Prestadme, jóvenes alumnos, un momento de benévola atencion; y os ruego que considereis mis palabras, que dicta un paternal afecto, como primera leccion, aunque brevísima, del curso, que hoy se inaugura.

No olvideis que la enseñanza de la cátedra es como la semilla que

deposita, á tiempo, el labrador, en el seno de la tierra, convenientemente preparada, y que la semilla, además del trabajo del labrador, ha menester de la influencia de algunos otros agentes, para arraigarse, desenvolverse y producir el anhelado fruto.

Para que la enseñanza fructifique, con arreglo á lo que demandan las necesidades de la época presente, tanto mayores cuanto mayor es el espacio, recorrido por el pensamiento, en todas las esferas de la actividad humana, se hace tambien absolutamente preciso que se cumplan algunas condiciones, de parte de los alumnos, cuyo primer deber consiste en escuchar la voz de sus maestros, con ánimo dócil y con el más profundo recogimiento; pues así como el que proponiéndose llegar al término de larga peregrinacion, y siéndole desconocidos los caminos, ejercita, muy cuerdamente, los fueros de su libre albedrio, al someterse, de buen grado y sin reserva, á la direccion de experto guía, que le dé la seguridad de no extraviarse, de huir las escabrosidades del terreno y de acortar considerablemente las distancias, así tambien la juventud escolar, convencida de que los alcázares de la ciencia no están en valle ameno ni en vega deliciosa, sino en la cumbre de altísimas montañas, á donde se sube, cuando se marcha á la aventura, por ásperos senderos, entre abrojos y espinas, debe dejarse conducir, modestamente, sofocando todo espíritu de protesta y reprimiendo los impulsos de un amor propio exagerado, para llegar, en el más breve tiempo posible, y, ya que no exenta de fatiga, sin vacilaciones ni desmayos, á dominar las mágicas alturas, y á penetrar, con paso firme, en el augusto recinto del templo de la ciencia.

No creais, empero, aún cuando haya presidido un feliz acierto á vuestra eleccion de carrera, y por grandes que sean el interés y diligencia, con que procureis seguirla, no creais, repito, que el término de vuestras tareas escolares debe ser el término de vuestros estudios.

La aplicacion y desarrollo de los principios, piedra angular de la ciencia, y base de nuevas y más altas generalizaciones, abarca un espacio inmenso, en cuyos horizontes va apareciendo, á través de los siglos, un ideal nuevo, y donde las facultades humanas están llamadas á vivir la vida del trabajo, que es ley del espíritu, y única fuerza impulsiva, á que corresponde el grado de cultura del individuo, y á que obedecen, en su marcha ascendente hácia el ideal, todos los adelantos y mejoras sociales.

Y al tratarse del perfeccionamiento del individuo y de los pueblos, no olvideis, tampoco, que, en el cuadro de clasificacion de las ciencias existe una de vastísimas y muy importantes aplicaciones, tan sábiamente constituida, que no admite ulterior generalizacion en sus primeras verdades conocidas, y en que no es dado siquiera intentarla, sin que de ello resulte un lamentable retroceso.

Tal es la ciencia de la moral; pero no de la moral, que idearon los más eminentes filósofos gentiles, reproducida, bajo diversas formas, con pretensiones de novedad, por algunos modernos pensadores, sino de la moral, elevada por el Cristianismo al último grado posible de induccion: síntesis sublime, á cuya luz se desvanecieron, súbitamente, los errores, de que estaba infestado el mundo antiguo, y cuyos principios nos seducen y sorprenden todavía, á pesar de haber sido confirmados, en su categoría de axiomáticos, por la sancion de diez y nueve siglos; síntesis sublime, cuya sávia debe circular por todas las ramas del árbol frondoso de los conocimientos humanos, y en que habreis, por lo mismo, de informar, para que puedan llamarse, en su más alto sentido estético, verdaderas y bellas, todas vuestras concepciones científicas y todas vuestras producciones literarias.

Si para no descender de los serenos espacios, en que asienta su imperio la moral, buscáis algunas garantías eficaces, mantened siempre abiertos vuestros corazones al influjo de la fé religiosa, que léjos de estar en antagonismo, como ha querido suponerse, guarda perfecta armonía con la razon humana y con el progreso de las ciencias; y procurad que no falte, nunca, digno pábulo á la actividad de vuestro espíritu, á cuyo fin importa mucho que aprendais á conocer y quilatar el valor del tiempo.

El tiempo lleva en sus rápidas alas inapreciable tesoro, de que todos debemos beneficiarnos, y el que, dentro de la brevedad del término señalado á la vida presente, no aprovecha los instantes, otorgados á su existencia, para enriquecerse con el mayor número de dones, que le permitan adquirir sus naturales aptitudes, es un insensato, á quien una cruel experiencia hará sentir los efectos de tan ligera é imprevisora conducta.

El tiempo, que, si se deja correr en la ociosidad, ó si se gasta en frivolidades, impropias de la grandeza del hombre, es, segun el lenguaje de la Sabiduría, COMO PASO DE SOMBRA, Ó COMO AVE QUE HIENDE LOS

AIRES, que se cierran en pos, y no queda en ellos el más leve indicio; cuando se emplea dignamente, en conformidad con lo que exigen nuestro alto origen, nuestra racional esencia y nuestro privilegiado destino, despues de producir en el alma los vivos y purísimos goces, inherentes al cumplimiento de un gran deber, concede, siempre, indisputable derecho á la estimacion pública, facilita, en ocasiones, algun titulo al recuerdo de la posteridad, y labra, á veces, coronas inmortales.

Estimulados por noble emulacion, é inspirándoos, si es preciso, en los grandes ejemplos, que ofrece la historia de la Universidad hispalense, procurad, pues, jóvenes alumnos, distinguiros, de hoy más, por la puntual y no interrumpida asistencia á las clases, por el ardiente amor al estudio, por un inquebrantable respeto á la disciplina académica, y, sobre todo, por la severa observancia de los preceptos de la religion y la moral, que habrán de servir de áncora y de brújula, en todos los actos de vuestra vida privada y en todas vuestras relaciones sociales.

De esta suerte; léjos de merecer la amarga censura, que mereció de Séneca la juventud de su tiempo, sereis objeto de todo nuestro cariño y del general aplauso; llevareis una satisfaccion indecible al seno de vuestras familias; en medio de los sacrificios y desvelos, á que obliga el deseo de aprender, no tan penosos, sin embargo, despues que se contraen hábitos de estudio y se despierta el entusiasmo, el testimonio de vuestra propia conciencia hará que se deslice, dulcemente, el tiempo, que os resta de vida escolar; y cuando se vean recompensados vuestros méritos en el ejercicio de vuestras respectivas profesiones; y cuando os llame la pátria, para utilizar vuestros talentos y premiar vuestras virtudes; y cuando, en el palenque literario ó científico, conquistéis una sólida reputacion, ó, tal vez, un nombre ilustre, asociando á vuestros triunfos el recuerdo de las áulas de esta Escuela, brotará una bendicion de vuestros lábios y derramarán vuestros ojos una lágrima de reconocimiento.

HE DICHO.

NOTAS.

(a) (Pág. 20.) No se nos oculta que, en tiempos antiguos y modernos, desde Diodoro de Sicilia hasta Whitney, se ha sostenido por algunos, y en nuestra patria por el Sr. don Francisco de Paula Canalejas, en su discurso de recepcion, leído ante la Real Academia Española, que el language, á semejanza de lo que sucede con otro elemento cualquiera de la civilizacion, es un producto acumulado de las facultades humanas, que lo crearon rudo y grosero, en virtud de su propia potencia, y lo van perfeccionando, hasta un punto, que permite ver, en lontananza, la formacion de una lengua universal, heredera de los recursos léxicos y sintáxicos de todos los idiomas conocidos, y acaudalada, además, con los nuevos medios de expresion, que sea dado inventar al hombre, en el sucesivo desarrollo de su inteligencia y de los órganos de la palabra.

En la imposibilidad, en que nos encontramos, de discutir esta teoría, con el detenimiento que exige su importancia, nos limitaremos á recordar, en primer término, lo que es innegable en el estadio de la filología, de la filosofía y de la historia, á saber; que no existe hombre capaz de inventar ninguno de esos elementos simples, que entran en la formacion de toda palabra, llamados raices; y que en toda lengua, dentro de la unidad esencial, que, en buena doctrina filológica, no puede menos de reconocerse en el language humano, es, cuando menos, posible distinguir el sello de extrangerismo, que acompaña siempre á las palabras tomadas de otros idiomas, aunque aquella y estos pertenezcan á la misma familia.

Al decir Platon, en su *Cratilo*, que los nombres, primitivamente, fueron impuestos á las cosas por la naturaleza, es decir, por una fuerza superior á las facultades humanas; ó, segun explica la palabra *naturaleza* el fundador de la escuela académica, por [divino arte, *θεία τέχνη*] formuló una proposicion, cuya verdad evidencian hoy, de acuerdo con la enseñanza revelada, la filosofía y los estudios lingüísticos; y cuantos nieguen el hecho de la intervencion divina, inmediata y directa, en el origen del language, tienen, al menos, que convenir, con Bopp, en que la existencia del escaso número de raices ó tipos fonéticos, de que se for-

man, por composición ó derivación, las palabras de todas las lenguas, envuelven un misterio impenetrable.

Como una prueba del progreso de las lenguas, consiguiente al desarrollo del espíritu humano, se ha dicho que las lenguas clásicas, indo-europeas y semíticas, revisten un carácter eminentemente físico y sensual; puesto que muchas palabras, con que hoy se exteriorizan ideas del orden intelectual y moral, expresan, en su significación primaria, ideas representativas de objetos materiales y sensibles.

Pero esta observación, que tampoco se escapó á Quintiliano, cuando dijo; *si anti- quum sermonem nostro comparamus, penè jam quidquid loquimur figura est*, sin probar nada contra las facultades intelectuales del primer hombre que habló, para lo cual tuvo que servirse de raíces, en que están siempre contenidas las ideas en su mayor grado de abstracción é indeterminación, acredita, en todo caso, la insuficiencia de la razón humana, para producir nuevas raíces, que entrañen el sentido propio de los conceptos metafísicos.

La lengua hebrea, en que, más que en otra alguna, se ha creído ver un carácter físico, y en la que, según Renan, no existe poder para otra cosa, más que para traducir las inspiraciones de los *videntes* y para consignar *fugaces impresiones*, era, sin embargo, riquísima para la expresión de las ideas, no solo del orden sensible, sino también del moral é intelectual; y esta aptitud del idioma ha sido reconocida por cuantas eminencias literarias han emitido su juicio sobre el fondo del texto bíblico hebreo, sin exceptuarse el mismo Renan, quien protesta contra sus propias aseveraciones, cuando califica el libro de Job de poema filosófico, y cuando concede al Kohéleth *una nomenclatura filosófica, y científica*.

Entre los numerosos testimonios, que pudiéramos aducir, en favor de nuestra tesis citaremos únicamente, las palabras de dos críticos, cuya autoridad no debe ser sospechosa para los que no presten asentimiento al dogma católico de la divina inspiración de la Biblia.

Dice Laurent; «la inspiración religiosa que domina en la poesía hebrea la eleva á unas alturas, á que no pudieron llegar los más grandes géneos del paganismo; eminentemente espiritualista ha merecido ser consagrada al culto de las Iglesias cristianas» Y Alejandro Weill se expresa en estos términos: «yo he leído á Moisés y á los profetas en hebreo. »Yo he leído á Moisés, prescindiendo de toda tradición, como se lee á Sócrates ó Espinosa, »y me he asombrado de la lógica, de la claridad de estilo, del géneo filosófico y práctico de aquel hombre, el único pensador, que expuso su filosofía en un código social, »en el que la teoría y la práctica se hallan íntimamente enlazadas, el géneo más sintético que registra la historia, grande á la vez como filósofo, como legislador, como jefe »de estado y como hombre.»

Dígasenos, ahora, si es posible producir obra alguna, que revele estas cualidades, empleando, como instrumento de expresión, una lengua, que no sirva más que para consignar fugaces impresiones, y que, según la no menos gratuita y chocante afirmación de Renan, adolece, además, *de falta de cultura gramatical, hasta el punto de que las reglas quedan sofocadas por las anomalías*.

Hemos dicho, también, que en toda lengua es, cuando menos, posible conocer las palabras, importadas de idiomas extraños; y aun cuando esta distinción suele ofrecer serias dificultades, entre otras causas, dignas de tenerse en cuenta, por la comunidad de origen de las raíces, conservadas, rara vez, en su pristina pureza, ó alteradas, casi siempre, por los cambios fonéticos, sobrevenidos en el incesante laboreo de los siglos, y en cuya materia

lingüística faltan aún muchos hechos que observar, muchas leyes que inducir y muchos principios que establecer, el filólogo alcanza, con frecuencia, un éxito seguro, tratándose de genealogías léxicas, gracias á los procedimientos, que, en la infinita variedad de modificaciones, que va tomando el lenguaje primitivo, al trasformarse por las sociedades humanas, como agentes necesarios é inconscientes, determinan la fisonomía individual y propia de cada uno de los idiomas.

En la coleccion de palabras, que forman hoy el diccionario de la lengua castellana, se encuentran, y sirva de notable ejemplo, no sólo nombres, sino tambien verbos de procedencia semítica, como *almohazar*, *alquilar*, *alardear* etc.; pero el carácter exótico de tales verbos, aparte el auxilio que presta el exámen de las raíces y la estructura de los nombres, á que deben su existencia, se conoce, desde luego, por la prefijacion del artículo determinativo, que, como es sabido, no entra, de una manera natural al menos, en la composicion de ningun verbo de ninguna lengua del mundo.

Muy oportunamente, se recuerdan, á este propósito, por algunos filólogos, las palabras, que dirigió al sucesor de Augusto el gramático Marcelo, cuando, creyendo el emperador que era latina una palabra de origen extranjero, y haciendo observar otro gramático, llamado Capito, que la palabra usada por Tiberio era efectivamente latina, y que, si no lo era, no tardaría en llegar á serlo, repuso Marcelo, que, sin género de duda, se distinguía más como gramático, que como cortesano: *Capito miente, porque si teneis ¡oh César! poder para otorgar el derecho de ciudadanía á los hombres, no lo teneis para concederlo á las palabras.*

(b) (pág. 21). Despues del *Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, del Sr. Don Antonio M. García Blanco, han visto en España la luz pública; *Elementos de gramática hebrea por D. Ramon Manuel Garriga, Barcelona, imprenta de Narciso Ramirez y Compañía, 1866. Gramática hebrea, curso teórico-práctico, por J. J. Braun, Leipsig 1867; y Gramática hebrea, por D. Mariano Viscasillas y Urriña. Leipsig, 1872.*

El libro del Sr. Garriga es un excelente compendio, adicionado con propias observaciones y algunas notas críticas, del tomo primero del Sr. García Blanco; y las otras dos gramáticas, impresas en el extranjero, por no haber encontrado sus autores recursos bastantes en la tipografía española, están calcadas, salvo ligeras excepciones, sobre métodos alemanes, y no pueden, por lo mismo, dar, en la enseñanza, resultados, que correspondan al ímprobo trabajo, que demanda su estudio.

(c) (pág. 22). Es tan notable la homogeneidad del hebreo, del árabe y demás lenguas semíticas, que no creemos la tengan parecida, ni aun aquellas lenguas, que se consideran más afines, dentro del grupo -turánico y de la familia indo-europea; y como de esta observacion se desprende que el conocimiento de las relaciones, que existen entre dichos idiomas, de ninguna manera puede obtenerse, con más brevedad y sencillez, que anotando los rasgos característicos más culminantes de cada uno de ellos, juzgamos oportuno indicar, sumariamente, alguna que otra particularidad de las que distinguen del hebreo al caldeo, siríaco, fenicio, asirio y etiópico, á favor de los datos, que nos suministra el estudio comparativo de su respectiva conformacion gramatical.

En caldeo, están sometidos los signos á ciertas reglas de permutacion, en cuya virtud

suelen aparecer las letras de las raíces hebreas, cambiadas en otras, salvo el respeto al origen y estado de los signos.

Es frecuentísimo el *schewa* quiescente, después de vocal larga.

Desaparece, en ocasiones, el *dáguesch* fuerte, anteponiendo un *nun* *schewado* á la letra *da-guesada*, aun sin ser *nun* la letra, que hubiera debido compensarse mediante el *dáguesch*.

Las raíces son monosilábicas.

Carece de forma especial para la acción reflexiva, que se traduce por las formas pasivas.

Expresa con una sola aformativa la segunda persona masculina y femenina de singular de pretérito, y tiene, en cambio, aformativa propia para la tercera femenina de plural.

Es *yod*, en vez de *thaw*, la preformativa de futuro da la tercera persona femenina de plural, y las personas de aformativa vocal toman, lo mismo que en árabe, un *nun* llamado malamente paragógico.

Los verbos, incluidos por los gramáticos en la clase de defectivos de segunda, aparecen como defectivos *Phe-Nun*, siempre que á la primera radical preceda alguna otra letra, bien sea característica, bien preformativa.

Es propia del caldeo la formación de verbos cuadriliteros, anteponiendo á las radicales un *schin*, un *sámech* ó un *thaw*.

El oficio del artículo hebreo y árabe se desempeña por un *dleph* quiescente en *camets*, añadido por el fin al nombre, que recibe en tal caso la forma llamada enfática.

Los nombres plurales masculinos terminan en *in* y los femeninos en *an*.

Para traducir las relaciones que, en hebreo y árabe, se expresan por el régimen, es muy usual en caldeo la partícula *d* ó *di*, unida íntimamente al nombre regido, y en la que se ha creído ver por algunos el origen de una de las preposiciones de más juego en varias lenguas de Europa.

Dicha partícula hace también las veces de pronombre relativo.

Desconoce, por último, la propiedad conversiva del *waw* hebreo.

La lengua siriaca ofrece tantos puntos de contacto con el caldeo, que son aplicables á la misma casi todas las observaciones precedentes; y sólo difiere del caldeo, así como del hebreo y del árabe, en estas particularidades.

Carece de signo equivalente al *texdid* árabe ó *dáguesch* fuerte hebreo.

Carece, igualmente, de *schewa* compuesto y de *pátaj* furtivo; y no se dan, por lo tanto, en siriaco, la clase de verbos, que en hebreo se denominan *semi-imperfectos* ó de *extraordinaria puntuación*.

Se sirve, en el futuro, de la preformativa *nun* para la tercera persona masculina de singular y para la tercera masculina y femenina de plural.

Es también propio del siriaco, y bastante frecuente, así en nombres como en verbos, trasladarse la vocal del *aleph* al signo anterior *schewado*, y quedar quiescente en aquella, ó desaparecer, el *aleph*.

Emplea, exclusivamente, la forma *Ittaphal* para la pasiva de *Hiphil*; y, en consecuencia, las tres formas pasivas tienen por característica inicial la partícula *het*.

Los plurales constructos terminan en *ay*.

Es, en fin, una especialidad del siriaco la formación de muchas palabras compuestas.

El siriaco que se conserva, como lengua viva, en algunas poblaciones cristianas de la Siria, acusa, según Renan, una alteración tan profunda, que ni aun los libros litúrgicos, escritos en el idioma antiguo, se hallan, apenas, al alcance de la inteligencia del clero, y mucho menos de los fieles.

Adalberto Merx hace notar, sin embargo, las diferencias, que median entre la lengua litera-

ria y la vulgar de los maronitas y jacobitas; y de este exámen resulta, á nuestro juicio, que si bien ha sufrido la lengua algunos cambios notables en la vocalizacion, y algunas pérdidas en los accidentes de número y persona, no es tan esencial la alteracion, que nos permita ver, en la estructura de la lengua neo-siriaca, mayores diferencias que las que separan el árabe vulgar del árabe clásico.

El idioma fenicio y el asirio, conocidos hoy por las reliquias, que de ambos conservan los monumentos epigráficos, aparecen tambien unidos con el árabe y hebreo por el lazo de un estrecho parentesco.

El primero, de cuya íntima relacion con la lengua hebrea dan fehaciente testimonio autoridades tan respetables como San Agustín y San Jerónimo, ha sido estudiado con particular diligencia, en nuestros días, por el célebre Gesenio, quien formula las siguientes conclusiones: que la lengua hebrea y la fenicia convienen casi en todo, ora se atiende á las raices, ora al modo de constituirse é inflexionarse las formas verbales: que por lo que respecta á los nombres, guardan la misma conformidad, aun tratándose de las clases, en que difieren otros dialectos muy afines; y que se encuentran en fenicio pocas formas de carácter arameo, y en menor número todavía las que llevan impreso el sello especial del árabe.

Los rasgos mas característicos del fenicio consisten en la conversion de la *o* larga en *u*, la pronunciacion del *schewa* movable con la vocal que mueve á la letra siguiente á la *schewada*, y el uso, con terminacion femenina, de muchos nombres masculinos hebreos.

Las particularidades del caldeo y siriaco, y aun del rabínico, que se encuentran en vários monumentos epigráficos, como el empleo del *daleth* prefijo, del artículo *hel*, y de la partícula compuesta *schel*, adoptada por los rabinos, en sustitucion de la prefija hebrea *schin*, pueden explicarse, en nuestro concepto, por la edad de dichas inscripciones, cuya fecha no se remonta, sin duda, mas allá del tiempo, en que el idioma fenicio, lo mismo que el hebreo, empezó á perder su natural y primitiva pureza.

En cuanto al idioma, de que ofrecen muestra las inscripciones cuneiformes de la segunda especie, evidentemente semítico, segun se desprende de la doctrina gramatical desenvuelta por Oppert, observa, generalmente, las leyes fonéticas del hebreo, desconociendo el sistema de permutacion, á que se someten el caldeo y el siriaco; y es una especialidad del asirio el cambio en *l* de las letras sibilantes, colocadas con *schewa* quiescente delante de una dental.

Expresa con un mismo signo las articulaciones homogéneas de *mim* y del *waw*.

Carece de *daguesch lene*.

Posee, como el hebreo y el árabe, el número dual para los nombres, que expresan objetos dobles por la naturaleza ó por el arte.

Tiene los tres casos de la declinacion árabe y el estado enfático de las lenguas arameas. La estructura de los pronombres personales aislados y de los afijos guarda grande analogía con la de las mismas partículas hebreas y árabes, á excepcion del pronombre de tercera persona en ambos números, cuya primera letra, es, en la lengua asiria, equivalente al *schin*.

En el estilo lapidario, apenas se descubren vestigios del uso del tiempo pretérito; y, aunque esta opinion ha sido combatida por el asiriólogo irlandés Hincks, es indudable que los traductores de textos cuneiformes de la segunda especie se ven obligados, muchas veces, á dar la significacion de tiempo pretérito á la forma del participio de presente.

Por lo demás, las raices son trílteras y bisílabas; y en cuanto á la organizacion de los indefinidos, del futuro, del imperativo y de los participios, y por lo que hace al significado de las formas verbales y á las leyes eufónicas, porque se rigen los defectivos y quiescen-

tes, observa la misma marcha que el hebreo, con la circunstancia de carecer de verbos defectivos de segunda radical, segun la nomenclatura hebráica.

Cualquiera que sea la opinion que se adopte sobre la época, en que debió verificarse el paso de los Ioctánidas á la Abisinia, no admite duda que, desde los tiempos, á que alcanza la investigacion histórica en este punto, se ha hablado, en dicha parte del continente africano, el idioma incluido por los filólogos en la familia semítica, y que se conoce con el nombre de etiópico ó ghez.

Prescindiendo de los rasgos de especial semejanza, que tiene este idioma con el árabe, como los plurales fractos y ciertas formas de conjugacion, desconocidas en hebreo, guarda una gran armonía con éste, cuyas íntimas y numerosas relaciones deducirán fácilmente nuestros lectores de la indicacion de los puntos, en que difieren ambas lenguas.

Carece la etiópica de *daguesch lene*, de *schewas* y de acentos tónicos y eufónicos.

Las raíces son trisílabas y trisílabas.

Las formas del verbo, correspondientes á las tres pasivas, están caracterizadas por la letra *thaw*.

Tiene flexion propia la tercera persona femenina de plural de pretérito; y la femenina de plural del imperativo termina por la aformativa asílaba *a*.

No es usual la forma de participios, que se reemplazan por el futuro y el indefinido.

En lugar de la prefija *mim* emplea la sílaba *hem*; en vez de la *caph* la expresion plena *cama*, y el *schin* y el *hh* se posponen á la palabra, en lugar de prefixarse.

Las leyes enfónicas, á que está sujeto por su sistema de vocalizacion, distinto del arábigo y del hebreo, son sencillas y en corto número, y convienen, en parte, con las que rigen la pronunciacion hebráica.

Las circunstancias de proceder, en la escritura, de izquierda á derecha, y de junta. las vocales por medio de ciertos apéndices y recortes, hechos en los trazos de las consonantes, nada significan, tratándose de fijar la relacion gramatical, puesto que no ejercen influencia alguna sobre la analogía y sintáxis del idioma.

No atreviéndonos á emitir nuestra opinion acerca de la naturaleza del copto, sobre la que se sustentan diferentes y aun encontrados pareceres, sólo diremos que algunos filólogos, como Rougé, han creido advertir grande analogía entre el antiguo idioma egipcio y el hebreo, y han asentado que las semejanzas del primero con las lenguas semíticas son tanto mayores cuanto mayor es la antigüedad de los monumentos, que nos lo han trasmitido; que otros, por el contrario, como Pott y Ewald, no ven ningun rasgo de semejanza entre el copto y los idiomas semíticos; que otros, como Lepsius, afirman que el copto pertenece á una rama, tan distinta de la familia semítica, como de la indoeuropea; que otros, como Benfey, reconociendo en dicha lengua señales de un evidente parentesco con el tronco semítico, sostienen que ha seguido leyes muy diversas en su desenvolvimiento; que otros, como Bunsen, han procurado demostrar que las raíces y las formas del copto se explican únicamente por la combinacion del sistema ário y del semítico; y que otros, como Renan, vienen á asignar al repetido idioma un puesto entre los turánicos, si bien no niegan, al propio tiempo, que existen bastantes analogías entre el diccionario copto y el diccionario semítico, y numerosas afinidades entre la gramática egipcia y la hebráica, y atribuyen al fondo semítico, que había en la lengua del antiguo Egipto y de los demás países del Africa septentrional, la circunstancia de haberse sobrepuerto en ellos la lengua árabe á la indígena, mientras que no logró prevalecer en otras regiones, sometidas, de igual suerte, á la coyunda musulmana.

(d) (pág. 22.) No admite duda que el alfabeto árabe, que hoy consta de veintiocho letras, se componía, antiguamente, de veintidos, dispuestas en el orden, en que se hallan en los alfabetos siríaco y hebreo; y aunque se ignora la época, en que tuvo lugar la adición de los seis signos, la circunstancia de pertenecer éstos al mismo órgano que los que inmediata y respectivamente les preceden en el alfabeto moderno, nos induce á sospechar que tan notable suceso, cualquiera que sea la fecha de la adopción de los puntos diacríticos, que es cosa, relativamente, muy secundaria, fué motivado por la mayor fuerza, con que se articuláran seis letras por algunas tribus, en muchas palabras, que, [al enriquecerse el lenguaje de los koreischitas con las palabras y formas especiales, usadas en las diversas tribus de la Arabia, y al prevalecer sobre todos y cada uno de los dialectos tributarios, pasaron á formar parte, con la pronunciación dialectal, del tesoro léxico del idioma.

(e) (pág. 25.) El estudio de la gramática árabe, lo mismo que de la hebrea, puede hacerse en un curso de lección diaria; pero exigiendo la índole de ambas lenguas algunas explicaciones, encaminadas á facilitar una fiel y recta versión al castellano; debiendo, además, darse á conocer los verdaderos y originales caracteres de la poesía semítica y las leyes de la rima y del metro, á que, en tiempos muy posteriores, sometieron su inspiración los poetas árabes y rabinos; no pudiendo, tampoco, considerarse completo este estudio, sin aprender, siquiera sea, en parte, conjetural é hipotéticamente, la historia del hebreo y del árabe y de sus diversos alfabetos, y sin adquirir alguna noticia de los principales trabajos, que han tenido por objeto el exámen de su estructura gramatical; y agregándose esto á la necesidad de un buen período de práctica exclusiva de traducción, á nadie parecerá extraño que estimemos insuficiente un solo curso para la debida enseñanza de cualquiera de las dos asignaturas.

Al estudio del hebreo clásico debería, también, acompañar el de las lenguas caldea y hebrea-rabínica, á fin de poner al alcance del alumno los trozos bíblicos, escritos en caldeo, y el conocimiento de la parte histórico-crítica del idioma, y de la literatura rabínica, cuyo estudio, juntamente con el de las otras manifestaciones literarias de los pueblos semíticos, reclama, imperiosamente, la creación de una nueva cátedra, en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

(f) (pág. 26) Klaproth creyó demostrar el origen billtero de las raíces semíticas, á favor de los nombres, que significan *padre*, *hermano*, y algunos otros, derivados de verbos defectivos, desconociendo la pérdida de la tercera radical, sufrida por dichos nombres, en los que reaparece alguna vez, como se vé, muy claramente, al darles, en árabe, la inflexión del número dual.

Tan fútil argumento ha merecido, sin embargo, una entusiasta acogida en la *Enciclopedia moderna* de Didot, y en la publicada, posteriormente, por nuestro D. Francisco de Paula Mellado.

(g) (pág. 27) Incurre el ilustre Max Müller en grave inexactitud, al decir que, antes de Lorenzo Hervás, no se había probado, por medio de cuadros comparativos, que el hebreo, el caldeo, el siriaco y el árabe pertenecen á una misma familia.

Este erróneo concepto proviene de retrotraer la indagacion bibliográfica á los primeros años del siglo XVII, en que apareció la célebre obra de Cláudio Duret, que resume ciertamente, con un gran fondo de erudicion, cuántos conocimientos se tenían entónces de lenguas antiguas y modernas.

Pero, si la obra de Cláudio Duret, que tanto se recomienda por el lujo de noticias raras y citas de autoridades y opiniones, dista mucho de satisfacer las exigencias de un buen método, adolece de falta de crítica, y revela, sobre todo, que no se había salido, á la sazón, en el estudio de las lenguas, del procedimiento, meramente analítico, empleado en las antiguas gramáticas, no se hicieron esperar largo tiempo otros libros, en que, con bastante lucidez y precision, se aplicaba al estudio de varias lenguas orientales el sistema comparativo, que hoy se tiene por invencion modernísima.

Para mediados del siglo XVII, habían visto, en efecto, la luz pública algunas obras, como la debida á Ernesto Gerardo, titulada *Grammática armónica*, en la que se exponen las afinidades, que existen entre el organismo del hebreo y el del caldeo, del siriaco y del árabe.

El éxito, que obtuvo esta publicacion, se justifica por los grandes elogios que tributa al autor su contemporáneo Juan Nicolai, quien, secundando su pensamiento, escribió, bajo el mismo sistema, y publicó en 1670 el libro intitulado *Hodogeticum orientale armónicum*, comprensivo del diccionario y de la gramática de las cuatro lenguas indicadas, y, además, de la etiópica y persa; en cuya obra son muy dignas de aplauso la sencillez y concision, con que se patentiza, palabra por palabra y regla por regla, la armonía léxica y gramatical de los cinco idiomas semíticos, que son objeto del exámen.

Pocos años después, empezaron á escribirse gramáticas particulares de estos idiomas, calcadas sobre el modelo del hebreo, cuyo prégio conocimiento se suponía en el que iba á hacer el estudio; y á esta clase pertenecen, entre otras, las de lengua siriaca y caldea, compuestas por Enrique Opicio, conforme al método seguido para la enseñanza de la hebrea por Mateo Wasmuth, que tan alto renombre alcanzó, en varias escuelas y academias de Europa, durante la segunda mitad del siglo XVII.

El impulso, que recibieron, en esta centuria, los estudios filológicos, se explica por el deseo, que aguijoneaba á los hebraistas de perfeccionar el conocimiento de la lengua Santa; y lejos de haber sido el hebreo causa de atraso ó entorpecimiento en la série de investigaciones, que forman el objeto de la lingüística, como afirma igualmente el citado Max Muller, merced á su influencia, pasó el estudio de los idiomas al período de clasificacion, no debiendo hacerse á los hebraistas responsables de la indiferencia, con que fueron acogidos sus trabajos, y que tan vivamente contrasta con el entusiasmo, que despertó en la república literaria el descubrimiento de los principios afines, que informan el organismo gramatical del sanskrit, del griego y de la lengua latina.

(h) (pág. 27) Entre la inmensa variedad de idiomas conocidos, figura uno, que, siendo indudablemente el que trajeron á España sus primitivos pobladores, y habiéndose conserva-

do, hasta ahora, libre de las grandes influencias, que han alterado muchísimo otros idiomas antiguos, parece que debiera ocupar un puesto, perfectamente definido, en el cuadro de la clasificación general de los idiomas, hecha por los más eminentes etnógrafos.

Nos referimos al vascuence, que ha tenido la mala suerte de merecer, en todos tiempos, el desvío de los hombres de letras.

Los escritores griegos y romanos, que dan alguna noticia de las tribus de España, no modificadas por el contacto de los fenicios, ni aún por el de los mismos griegos y romanos, manifiestan sumo desden hacia el idioma ibérico, y no faltan, entre ellos, quienes se burlan de los nombres de las tribus, que les era difícil pronunciar, y que apenas acertaban á transcribir á su lengua nativa.

El vascuence pasó también desapercibido para los más insignes filólogos de la Edad Media y de las tres siguientes centurias, los que, movidos del celo religioso, consagraron todos sus afanes al estudio del latín, del griego y de los idiomas semíticos, en que se encuentran escritos los libros santos ó sus más autorizadas versiones.

Algunos hijos del país vasco dieron á luz, en el siglo último y á principios del presente, obras de indisputable mérito sobre el idioma éuskaro; pero, si no es posible desconocer el valor literario de dichas producciones, también se hace preciso confesar que el amor exagerado á su país y á su lengua, por una parte, y por otra, la carencia de los datos, con que se ha enriquecido, en estos últimos tiempos, la etnografía lingüística, dieron lugar á que los escritores vascongados consignasen algunas hipótesis, tan atrevidas como brillantes, acerca de los caracteres propios del referido idioma.

Y si en el siglo presente han existido y existen, dentro y fuera de España, laboriosos cultivadores de la ciencia del lenguaje, que han intentado despejar la incógnita del problema filológico, que envuelve la clasificación del vascuence, tampoco podemos menos de reconocer que no han producido hasta ahora un resultado satisfactorio las modernas investigaciones, y que, por lo mismo, persigue todavía al idioma de los montañeses vascos la desgracia de no haber sido convenientemente estudiado.

Llama, desde luego, la atención que cuantos se han dedicado al estudio del vascuence, con objeto de fijar el grupo, en que debe incluirse, mediante la determinación de sus caracteres analógicos, suponen que corresponde á la clase de lenguas, que les es más conocida; y de aquí que unos la califiquen de aglutinante, otros la consideren como de flexión, y otros vean en ella un tipo especialísimo, con el que no guarda relación de semejanza ninguna de las lenguas del mundo.

El exclusivismo de tan varias apreciaciones induce, cuando menos, grave sospecha de que ninguna de ellas constituye una fórmula exacta.

En nuestra afición predilecta al estudio de los idiomas, hemos procurado hacer alguna indagación sobre un punto tan curioso, y habiendo prescindido de los elementos puramente formales del idioma éuskaro, hemos abordado el campo de la lexicografía, y adquirido, á los primeros pasos, el convencimiento de que la lengua vasca participa, en este punto, del carácter mixto, que ya nos había hecho presumir la diversidad de opiniones emitidas por los filólogos.

Entre los nombres genuinamente éuskaros, que pudiéramos presentar en comprobación de nuestro aserto, citaremos los que expresan los conceptos de madre, de hombre, de mujer y de instrumento de apoyo.

¿Quién no vé, por ejemplo, en el nombre éuskaro *hama*, el *hem* hebráico, el *himmah* siro-caldeo, el *hommon* árabe y el *heme* etiópico?

¿Quién no vé en el nombre *maquila*, palo, instrumento que ponen al hombro los vascongados, para trasladar ciertos objetos de uno á otro pueblo, el nombre participial hebreo *maquel* con idéntica significacion?

Los nombres éuskaros *guiçon* y *andria*, hombre y muger, son evidentemente los mismos del sanskrit y del griego, cuyas radicales se manifiestan en los genitivos *andros* y *gynaikos*, con la particularidad de hallarse en éstos invertida la forma expresiva del sexo, respecto del vascuence.

En cuanto á verbos citaremos, por vía de muestra, el *eguin* y el *jaquin* vascongados, que significan, respectivamente, hacer y saber, y que corresponden, el primero al *agere* latino y á la raíz del *gignomai* griego, y el segundo al *hácama* del árabe y de las demás lenguas semíticas.

Y en cuanto á partículas, sirvan de ejemplo el *ni*, yo, vascongado, que armoniza perfectamente con la misma partícula pronominal personal del hebreo, caldeo, siriaco, árabe y etiópico; y el *zu*, tu vascongado con pronunciacion sibilante de la zeta, que no puede menos de reconocerse en el *su*, tu, de la lengua de Homero y de Demóstenes.

Si á lo dicho se agrega la infinidad de formas y de cánones, que hacen sumamente difícil el estudio gramatical del vascuence, casi nos sentimos inclinados á creer que, si es cierto, como algunos presumen, que la lengua primitiva debió participar de los rasgos mas característicos, que distinguen á los diversos grupos, en que suelen dividirse los idiomas, el vascuence, conserva, por un raro privilegio, aquellas culminantes propiedades.

De las observaciones apuntadas se infiere, de todos modos, la necesidad de hacerse, préviamente, con un vasto caudal de sólidos conocimientos lingüísticos, para penetrar los arcanos del vascuence; á cuya falta atribuimos la divergencia de los resultados obtenidos en las investigaciones practicadas hasta hoy con tan plausible objeto, que sólo puede alcanzarse, determinando, á beneficio de la filología comparada, el valor léxico y analógico de las palabras genuinamente éuskaras, y las leyes, á que obedece el mecanismo sintáxico del idioma.

(i) (pág. 28) Las lenguas vivas conservan el caudal de raíces, que les es propio, por más que, en el período de decadencia, algunas palabras sufran deformacion, y otras caigan en desuso; pero desde el momento, en que pasan á la categoria de muertas, como una literatura, por rica que sea, no conserva todas las raíces del idioma vulgar, ni á veces una sola informando todas las palabras, á que dió vida, se echa de ver fácilmente la suma deficiencia de las lenguas muertas, y la imposibilidad de reconstituirlas con el vigor y lozanía que tenían antes de dejar de hablarse; y se concibe y se explica, al mismo tiempo, que á beneficio del estudio de la gramática de un idioma muerto y de los despojos conservados en su literatura, si esta es muy variada y extensa, se formen escritores, que lleguen á manejarla con elegancia, como sucedió, respecto al latin, con varios teólogos y humanistas de nuestro siglo de oro; más cuando la lengua deja tan escasos restos como la hebrea, y se trata de galvanizarla, para uso de los eruditos, entonces hay que recurrir, forzosamente, á la adopcion de palabras extrañas y á procedimientos artificiales, que es lo que tuvo lugar en el siglo XIII, al formarse la jerga, conocida con el nombre de *hebreo-rabínico-FILOSÓFICO*.

Por esta razon, antes del citado siglo, los rabinos emplearon, préferentemente, en sus obras la lengua árabe, y alguna vez prefirieron el uso de la griega, sin acordarse para nada de la lengua de Moisés, de David y de Salomon.

(j) (pág. 29) El Sr. D. Severo Catalina del Amo, cuya irreparable y temprana muerte lloran las letras pátrias, sostuvo en su discurso de recepcion, leído ante la Real Academia Española, que es semítica la sintáxis castellana; y si reconocemos, desde luego, que no cabe en lo posible llevar á más alto punto de exageracion y atrevimiento las opiniones favorables á la influencia de los idiomas semíticos sobre el castellano, tambien estamos convencidos de que un maduro exámen comparativo arrojaría abundante luz acerca del origen de muchos giros y locuciones populares, cuyo abolengo no se encuentra en el griego ni en el latin.

Estar en un puño, es decir, en situacion apurada; *ir* y *venir*, *salir* y *entrar*, en el doble sentido de una actividad provechosa ó inútil; *verse las caras*, por contender, etc., son frases, que guardan exacto paralelismo con las que emplea la Biblia hebráica para expresar idénticas relaciones.

Por esto, nos parece inasequible, á no mediar alguna explicacion, entender vários pasages de la Vulgata latina, como el versículo 8 del libro 4.º de los Reyes, en que se da cuenta de la embajada, que mandó un rey de Judá á otro de Israel, diciendo: *veni et videamus nos*; cuando las palabras del original, que corresponde al segundo de los Reyes, segun el cánon hebreo, son las siguientes: *ven, nos veremos las caras*, לְכָה נִיבְרָאֵהֶם פָּנִים; cuya locucion se repite, en pretérito, en el versículo 11 del mismo capítulo.

En cuanto á determinar la parte de herencia, que ha tocado al diccionario castellano, de palabras semíticas, no es hoy tan difícil el empeño, después de las investigaciones llevadas á cabo por Engelmann y Dozy, susceptibles, sin embargo, de la mejora y aumento, que les daría á no dudar, una prolija y minuciosa acotacion de todos los nombres, con que, en las diversas provincias de España, se designan, vulgarmente, por la clase industrial, objetos de artes y oficios, y que deben ser incluidos en un verdadero *Panléxico* de la lengua castellana.

(l) (pág. 29.) Una vez fijadas las lenguas, no se transmiten las palabras, cualquiera que sea la familia, á que aquellas pertenezcan, con la vitalidad y por el procedimiento propio de los idiomas en el periodo de su misteriosa formacion; y si es cierto que las lenguas, áun en estado de vivas, carecen de un número mayor ó menor de las raíces, que contribuyen á formar el *caput mortuum* de otras, con las que están ligadas por el vínculo de la más estrecha fraternidad, no lo es menos que cada familia de lenguas cuenta con cierta cantidad de raíces, pertenecientes, á la vez, á idiomas de distinta clase, tomadas del fondo comun primitivo. Los verbos latinos *trudo* y *nuto* y los nombres *cornu* y *taurum*, por ejemplo, son palabras formadas de las raíces *trd*, *nwt*, *crn* y *twr*, que se encuentran en árabe, con idéntica significacion que en latin, en los verbos *tárada* y *návata* y en los nombres *keren* y *tawron*; y aunque pudiera creerse, desde luego, que las palabras, á que dieron márgen en latin dichas raíces, pasaron al árabe como elementos extraños, desvanece, por completo, semejante creencia el hecho de hallarse tambien en el hebreo bíblico, y de contar, por lo mismo, una existencia de siglos, anterior al nacimiento de la lengua latina.

Conviene, pues, proceder con alguna cautela, siempre que se trate de determinar las palabras transmitidas de un idioma á otro, no debiendo, por otra parte, olvidarse que ningun diccionario, aunque se halle escrito en vida de la lengua, y por muy grandes que hayan sido la solicitud y esmero empleados en su composicion, contiene el caudal de voces ne-

cesario, para darnos á conocer todas las raíces, que informan las palabras constitutivas de un idioma.

De aquí se infiere, de paso, que la hipótesis de la pluralidad original de los sistemas lingüísticos, defendida por Hovelacque, no tiene apoyo alguno en la supuesta irreductibilidad de las raíces de las lenguas á una fuente comun, y que la doctrina de los *poligenistas* ha venido á encontrarse con otro fuerte adversario en la ciencia filológica, que al reconocer, como ley suprema de unidad, un fondo primitivo y único, en la variedad de los elementos formales que caracterizan los idiomas, confirma la exactitud de los resultados obtenidos por los más sólidos estudios de la etnografía fisiológica, sobre unidad de cuna del linage humano.

